



De médanos y redes

Semblanza del gerente de Industrias Maracó

Yamila Juan



EdUNLPam

De médanos y redes

Semblanza del gerente
de Industrias Maracó

Yamila Juan

Juan, Yamila

De médanos y redes : semblanza del gerente de industrias Maracó / Yamila Juan. - 1a ed. - Santa Rosa : Editorial de la Universidad Nacional de La Pampa, 2025.

Libro digital, PDF - (Libros de Interés Socio Comunitario)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-863-547-1

1. Historia. 2. Historia Regional. 3. La Pampa . I. Título.

CDD 920

LIBRO DE INTERÉS SOCIO COMUNITARIO

De médanos y redes. Semblanza del gerente de Industrias Maracó

Yamila Juan

Agosto de 2025, Santa Rosa, La Pampa

Imagen de tapa: Arq. Alejandro
Monteagudo, 2025.

Corrección: Fernanda Urdaniz (Dpto. de
Edición - EdUNLPam)
Edición: Mg. Melina E. Caraballo - Dpto. de
Edición - EdUNLPam

Diseño y maquetado: DCV Gabriela
Hernández - Dpto. de Diseño - EdUNLPam

Impreso en Argentina
ISBN 978-950-863-547-1
Cumplido con lo que marca la ley 11723
EdUNLPam
Cnel. Gil 353 PB - CP L6300DUG
SANTA ROSA - La Pampa - Argentina

UNLPam - AUTORIDADES

Rector: Oscar Daniel Alpa

Vicerrectora: María Ema Martin

EdUNLPam - AUTORIDADES

Presidenta: Lucía Colombato

Director: Rodolfo David Rodríguez

Consejo Editor de EdUNLPam

Gustavo Walter Bertotto
María Marcela Domínguez
Fernando Colli
Edith Alvarellos / Julieta Soncini
Carla Etel Suarez / Daniel Omar Maizon
Natalia Monge / Agustina Manso
María Pia Bruno / Laura Noemí Azcona
Alicia María Vignatti / Oscar Alfredo Testa
María Gabriela Bertolotto / Marité Romina
Zaldarriaga Giménez
María de los Angeles Bruni / Natalia Cazaux
María Soledad Mieza / Araceli Elisabet
Hernández

Impreso gracias al apoyo de la Municipalidad de Gral. Pico y la Fundación Banco de La Pampa.



Índice

Prólogo	1
Capítulo 1. Las sardinas y el viento	3
El inicio del viaje: los contrastes	5
Un antecesor abriendo el camino.....	11
España dividida y desolada	13
Una miseria de la gran siete	16
Eva Perón en Vigo	19
Del otro lado del mar	21
La hija del curial y la curiala	26
El vestido negro y el tapado rojo	31
Capítulo 2. De la planta ballenera a la aguada de las liebres	37
Punto de partida: Massó Hermanos	39
Forjando el hierro	43
La semilla en buena tierra.....	47
Un buen administrador	53
El nuevo suelo: Industrias Maracó.....	55
Cuidar las redes	58
La cocina hogar del Correccional.....	67
El esplendor	69
La visita de Arturo Illia	79
La mudanza al Parque Industrial	80
El final menos esperado.....	85
Capítulo 3. Testimonios	89
Edith Morini	91

Alejandro Monteagudo	96
Hugo Beinticinco	98
Juan Carlos González	102
César Massara	105
 Capítulo 4. La dignidad y el retorno	 113
Un viaje tan añorado	116
Un libro vivo	119
 Nota de autor	 127
 Referencias	 129
 Anexos	 131

Agradecimientos

Este libro nació como un proyecto colaborativo que necesitó una mano que lo plasmara por escrito.

La participación de Andrea González Di Gioia, Laura Vidal, Manuela Vassolo Vidal y Claudia Gómez fue fundamental en todo el proceso de escritura. Sin su entusiasmo y tenacidad, este libro no habría llegado a convertirse en una realidad.

Agradezco profundamente a quienes compartieron sus testimonios y dieron su consentimiento para ser mencionados en el texto: Edith Morini, Alejandro Monteagudo, Hugo Beinticinco, Juan Carlos González y César Massara. También destaco la tarea de las encargadas del Archivo Histórico del Museo Regional Maracó, quienes dedicaron su tiempo y colaboración al proporcionar fotografías de la Familia Vidal y de lo que fuera Industrias Maracó.

Y, sobre todo, gracias a Joaquín y a Isabel, quienes nos recuerdan que la vida misma vale más que cien –o diez mil– páginas.

Y. J.

Prólogo

Joaquín habla pausadamente. Algunos de sus recuerdos le llegan en imágenes y otros los pronuncia; pinta escenas después de cada pregunta. Escenas de una vida encantadora que nos invita a recorrer para hacernos cargo, quizás, de nuestra propia memoria. Pero Joaquín no se imagina que aquello que cuenta irá a las páginas de un libro, no tiene esas intenciones.

Isabel también hace escuchar su voz, acentuando el sonido de la “s” entre los comentarios. Joaquín e Isabel hablan con una analista, le cuentan sus anécdotas en base al interés que perciben en la escucha. Entre los dos arman con palabras el plano de sus casas de procedencia, el mar de Galicia, el interior de los barcos y las hileras de frutales en las fincas.

Joaquín vuelve a reír al contar las anécdotas de su pueblo: rostros, lugares y palabras de aquellos viejos conocidos que parecen nítidos, y, a través del tiempo, reviven tras la buenaventura del relato. Personajes religiosos y políticos, conocidos y anónimos, salen a la escena. Aunque también está lo hecho, lo que no se lleva el viento, lo que está aún de pie y sigue en uso, porque Joaquín no habla solo de lo que le pasó, sino de lo que hizo: inventos que tuvieron buenos resultados, lo que vio en Galicia y aplicó en La Pampa. Su labor en esta llanura –tan desconocida para él al pisarla– abrió caminos donde literalmente no había huellas.

Este hombre, que pasó sus 90 años, después de atravesar dos guerras y un océano, perdió la esperanza en medio de la incertidumbre y encierro que implicó la denominada pandemia de COVID-19. Sin embargo, al contar anécdotas, sus palabras se empezaron a deslizar en vaivén como las barcas sobre la superficie

del agua, cercanas al puerto de Cangas, de su Galicia natal. Su esposa se une a los relatos, aportando su voz a la historia que se despliega.

Estos protagonistas, al conversar, al contarse, encontraron el sentido de sus años. Sin darse cuenta, volvieron a armar, luego de casi setenta años en la pampa, la ruta indiscutida de los héroes: el retorno. Porque apareció patente en ellos el deseo de volver a la península donde se conocieron. Algo que en parte se cumplió, porque una de sus nietas regresó y, desde el mismo pueblo de ellos, les abre la ventana a viajar: “El sueño es volver a España, sí”.

Que sirvan estas páginas para desaprender una historia repetida en unidades didácticas que la pedagogía eligió para instruirnos, y para salir de la suposición de que una vida es un compilado de vivencias. Más bien, el objetivo de este libro es trazar una nueva senda para pensar a los inmigrantes y descubrir que cada uno trajo un universo en el bolsillo. Al igual que Joaquín e Isabel, cada persona tuvo un conocimiento propio sembrado en otros, más allá de las semillas que germinaron en esta llanura.

Joaquín e Isabel no pretenden figurar en glosas de los aniversarios ciudadanos, ni ser nombrados por una multitud que apenas puede conocer algunos de sus hechos. En cambio, se muestran en palabras y en silencios para quienes quieran conocerlos. Luego de escucharlos, creo suponer que las vidas que se narran son capaces de entrelazarse con nuestras propias historias, ya que es el vínculo con lo que somos lo que les otorga valor.

Yamila Juan

Capítulo 1

Las sardinas y el viento

El inicio del viaje: los contrastes

“Mi tío Alfonso Abal llega a Pico porque recién se fundaba, él estaba en Buenos Aires y no veía ahí mucho porvenir para lo que él hacía. Y yo vine de Cangas en un barco que Perón, que era amigo de Franco, mandó a España con provisiones. Los barcos que abastecían a los barcos de guerra no llegaban a los puertos. Era un barco de carga llamado ‘Ciudad de Córdoba’”.

(Joaquín Vidal Abal, 2023)

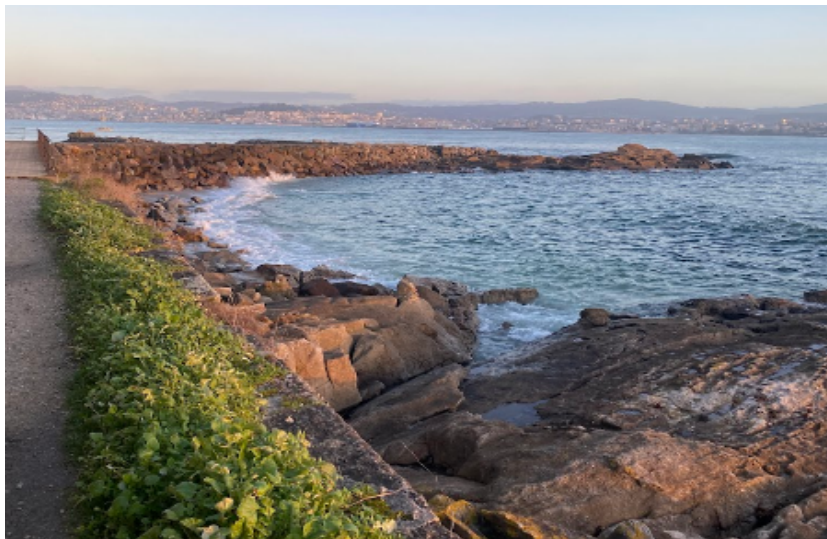
La lista de similitudes entre un pueblo de pescadores de Galicia y los campos agrestes de la pampa argentina puede ser muy escasa. Y las probabilidades de encontrar un motivo de unión entre los habitantes de un punto y otro, una ocurrencia del destino. Parece revelador ese momento en que el protagonista de una historia cuenta por qué eligió un camino y no siguió en aquel que era el esperable, el más oportuno a su condición. A la distancia vemos el perfecto quiebre que significó para Joaquín tomar una decisión hacia un nuevo destino y empezar a dar pasos en él.

Actualmente, Cangas es un pueblo de unos 45.000 habitantes, ubicado en la península del Morrazo, en la provincia de Pontevedra, Galicia, España. Se encuentra a media hora de Vigo en barco y está dividida en cuatro parroquias o departamentos. Tiene playas de arena blanca y pequeñas islas cercanas que le otorgaron el mote de “el caribe gallego”.



Vista aérea de Cangas, postal de 1950. Álbum Festas do Cristo, Colectivo “Arte Visual”, 1995.

En el pueblo de ventisca húmeda y salada, Joaquín jugaba con sus amigos en la playa, hundiendo los zuecos en la arena. Corría con el entusiasmo de niño inquieto, los ojos llenos de futuras travesuras y con obligaciones que cumplir, porque era lo que sus padres esperaban y tenía que trabajar para proveer también a la mesa familiar.



Paisaje actual de Cangas, Galicia. Manuela Vassolo Vidal, 2022.



Playa de Cangas de Morrazo, Galicia. Manuela Vassolo Vidal, 2022.

Las hermanas mayores le llevaban más de veinte años y se habían casado. Y los hermanos varones ya formaban como escoltas de Francisco Franco. Él era grandecito, tanto como para fabricarse sus propios zuecos y encargarse de ir a buscar los lechones para la próxima carneada a las fincas vecinas.

Albariño, huevo del gato y tinta femia eran las variedades de uvas de los viñedos de su padre, que él se encargaba de pisar al volver de la escuela. En grandes cascots de madera lo esperaban: cuando él llegaba se metía con toda su energía para revolver el pastiche que luego fermentaría en vino. El vino, las sardinas, los embutidos y los jamones no podían faltar. Porque no debía escasear la comida en tiempos de guerra. Muchas veces el hambre llamaba a otros hombres a robar, por lo que José, el papá de Joaquín, dormía con la escopeta al lado, para proteger la comida. Si ladraban los perros por la noche, un tiro al aire era suficiente para disipar el hurto. En las trincheras y capitales, estaban los hombres contra los hombres, pero en los pueblos del interior había que cuidar la tierra, los animales, las plantas, a los niños y a los santos, ya que todo se producía en los patios de las casas. Además, en Vigo y Cangas, el mar también hacía sus regalos: peces y mariscos de todos los tamaños y formas.

Para cultivar las mentes de los niños, el Ayuntamiento repararía instrumentos musicales y los hacía participar de la orquesta del pueblo, pero a Joaquín lo pusieron como flautista, al fondo, y a él no le gustaba. Él sabía de redes, de cómo se trenzaban, cómo su tía las embebía en tinta en enormes cuencos para impermeabilizarlas y cómo colocarlas para dejarlas secar en grandes tendales sobre la arena de la playa. Antes de la finca, su papá fue patrón de costa y patrón de pesca de un barco. Entonces ¿qué hacía él en la parte de atrás de una banda tocando la flauta? Él había visto brotar los sarmientos, sabía distinguir las variedades de uvas, con lo podado de las parras sahumaba las sardinas para conservar y con

los desechos de sardinas abonaba la tierra para que las parras no tuvieran hongos. Joaquín, ya entonces, tenía claro que las redes y la tierra eran su cultura, más que un instrumento para tocar al final de la formación.

Hitler y Franco eran dos nombres que sonaban en las calles de la península del Morrazo, pero Joaquín estaba ocupado en construir un carrito de madera que le sirviera para llevar el pan y el vino a los jornaleros de la finca, y algunas herramientas que tendría que usar en sus tareas como podador de parras, para no hacer tantos viajes.

Una vieja canción suena cercana a los oídos de Joaquín, él no la canta, pero se deja llevar por la melodía mientras habla: *"Vejo Cangas, vejo Vigo, vejo Redondela, vejo Ponte de Sampayo, caminho da mia terra..."*. El viento lleva a la incertidumbre de la mano. Trae cosas y se lleva cosas, las amontona y las desparrama. Cuando se va, no sabemos a dónde. Las olas, en cambio, van y vuelven como a un nodo que las atrae y las suelta. La gente suele ir contenta a buscarlas, pero ¿quién lo está con el viento?

El barco "Aurelia", del papá de Joaquín, impulsado por el viento y atravesando las olas del mar de Galicia, zarpaba a buscar sardinas y volvía a la costa con las redes cargadas de esa viscosa plata movediza y la satisfacción de los marineros. El barco "Ciudad de Córdoba", en cambio, era un barco de carga que llegó de Argentina a España con alimentos para el Ejército español, y que volvió luego de tres meses al Río de la Plata lleno de gente en su bodega. Tras el vaivén de las olas de alta mar y hamacas paraguayas, con hambre y sueños de paz, Joaquín Vidal Abal descendió del barco a los 23 años en un puerto argentino.

Joaquín trabajó duro desde los 14 a los 17 años, ayudando a sus padres en la finca y tenía en su haber numerosas habilidades. Después de cumplir el servicio militar en la Marina, había desarrollado un oficio en una gran fábrica de sardinas enlatadas.

Estudió música en la banda municipal. Le gustaban las melodías de Beethoven, pero le habían dado un instrumento que mucho no lo convencía. “La flauta es de viento, pero no es trompeta, ni trombón, iba al último...” expresa, justificando su disgusto. Y, como último de sus hermanos varones, tras una sorpresiva invitación, se embarcó en la travesía de su vida.

En la calle 14 casi esquina 17, a unos metros del Centro Cultural Maracó, se registra este relato. Joaquín Vidal, a punto de cumplir 96 años, espera una pregunta para seguir contándose, e Isabel, en el sillón de al lado, me repite aquella anécdota de sus primeros días en este lugar:

“Cuando vinimos a Pico, nuestra casa estaba en la calle 8. Yo me levanté un día y vi tanta tierra amontonada, que lo llamé: Joaquín, Joaquín... ¿quién me quiere tan mal, que me ha tirado esta tierra en la puerta?”. Joaquín se ríe y ella también. Había sido el viento.

A las siete de la tarde ya casi no se ven sus rostros, la luz natural del invierno a esta hora los torna una figura difusa con voz, a ellos no les preocupa la luz, es más, los sorprende y hasta les molesta la luz naranja que desde un rincón les arroja el velador. Isabel manda a cerrar la persiana para que desde afuera no se vea hacia adentro; sin embargo, tiene la intención de abrir sus cajas de fotos, de contar y de cantar, tiene muy buena voz y recuerda canciones de su tierra natal, como versos aprendidos de las lavanderas que iban al río con el atado de ropa en la cabeza. Dice que ella también llevaba la ropa así porque ayudaba a su madre y a su abuela en Cangas. La mirada de Joaquín aguarda. Le quiero preguntar por su gestión en Industrias Maracó, pero yo también aguardo, primero desenredar y luego recién trenzar los hilos para el próximo capítulo. Hablamos del mar y de la catedral de Santiago de Compostela, cuya imagen enmarcada tiene un lugar en el living de Joaquín e Isabel.

Un antecesor abriendo el camino

“Mi tío Alfonso se casó con Tía Selvina, ella tenía dos hermanos que se quedaron acá, tenían una herrería y hacían herraduras para los caballos.”

Joaquín Vidal, 2023

Alfonso Abal, tío de Joaquín, hermano de su madre, tenía 14 años cuando su papá falleció en un barco de pesca en Cangas. Del otro lado del Atlántico, enterándose por cartas que una parienta suya quedó viuda con tres hijos y el primogénito era varón, un primo que ya había llegado a la Argentina tuvo compasión de ella e invitó a ese niño a venir. Su madre lo dejó con la condición de que Alfonso volviese a España cuando cumpliera la mayoría de edad, ya que por entonces ella sola no podía ofrecerle porvenir a ese muchacho.

Era la época fundacional y las tierras loteadas se remataban al mejor postor en la llanura pampeana y los pequeños asentamientos se formaban a orillas de las vías del tren. El Ferrocarril en todo su esplendor inglés anunciaba entre sus chifles vaporosos la época del progreso para la Argentina. Lo cierto es que Alfonso, quizás por un contacto de su tío, empezó a trabajar en las vías y así llegó a un pueblo del interior, un pueblo que recién daba atisbos de comunidad, pero en el que se vislumbraba mucho movimiento. Era General Pico.

¿Cuál era la situación social, política y cultural del General Pico inicial? Pues la misma que padecían las demás localidades que se fundaron a instancias del ferrocarril del oeste que marcaba el ritmo y los nacimientos de la espantosa Campaña del Desierto. Es decir, pueblos solitarios y polvorientos dispuestos

en línea y apenas comunicados por los hilos extendidos de los carriles, gracias digamos, a que el tren desenvolvió su gran carretel de vías. (Senac, 2012, p. 13)

En estas circunstancias, Alfonso abrazó esta tierra y no volvió a Cangas con su madre y sus hermanas. Además, en esta ciudad incipiente conoció a Selvina Viscardis y, tiempo después, se casó con ella. Pusieron una imprenta en General Pico, porque consideraba que le iba a ir mejor en su oficio en este pueblo del interior que en Buenos Aires. La imprenta Abal hacía copias de libros y estaba en la calle 17 entre 18 y Avda. San Martín.

La década del 30 comenzó con hechos trágicos: una crisis económica mundial que llegaba también a estas latitudes y, en 1932, se oscureció el sol por un día. La gente empezó a mirar el cielo preocupada y, en vez de agua sobre las casas y los campos, cayó ceniza. Era un polvo grisáceo que lo cubría todo y opacaba las ganas de vivir. Algunas voces presagiaron un apocalipsis cercano. La erupción de un volcán en Mendoza había producido ese fenómeno, pero no todos sabían de qué se trataba, ya que no existían los noticieros con informes meteorológicos. Muchos tuvieron miedo, muchos quisieron buscar un futuro mejor y, en ese entonces, Alfonso decidió irse con su mujer y sus hijos pequeños a Buenos Aires.



Retrato de Alfonso Abal, tío de Joaquín. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.



Retrato de Selvina Viscardis, foto enviada por ella a su sobrina política, Isabel. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

España dividida y desolada

“En la guerra había dos divisiones, había bandos con fusiles, el que era de tendencia izquierdista se peleaba a muerte con los de la derecha. Se dividían las familias, la Guerra Civil es lo peor que le puede pasar a una Nación”.

(Joaquín, 2023)

“Que unos piensen de una manera está bien, pero que haya esa división que los lleve a matarse, era lo peor.”

(Isabel, 2023)

Las lágrimas de España comenzaron antes que las del pueblo judío. Faltaban tumbas para tantos muertos; sobraban fanáticos y armas; faltaba comida, abrigo y médicos; sobraban discursos y panfletos para convencer y atacarse. España fue un laboratorio de armas que se usarían después en la Segunda Guerra Mundial.

Las campanadas de la iglesia se suplantaron por los toques de queda. Isabel y Joaquín rondaban los diez años. El hermano mayor de Joaquín, Manolo, fue enviado a la batalla de Asturias, la zona más dura del conflicto, donde solo se salvaron siete soldados. Manolo sobrevivió, pero perdió a su mejor amigo.

La familia de Joaquín era conocida en el pueblo por pertenecer a la ideología de derecha, pero en el pueblo había mayoría de izquierda y el Ayuntamiento estaba tomado por un militar comunista de apellido Corbacho, quien era el gobernante de Cangas. Además, el hecho de que la familia Vidal tuviera dos fincas los convertía en un blanco a atacar: los consideraban ricos.

Joaquín rememora ese momento histórico:

La división empezó en Asturias, todos los mineros eran de izquierda y querían mandar en los pueblos. Los barcos eran a carbón, los ómnibus también, si paraban los mineros, se paraba la movilidad y todo el país. La izquierda trataba de convencer a los más humildes: si una familia tenía dos casas, una tenía que ser del pueblo. Los convencían de palabra. (Joaquín, 2022)

“Los tuyos mataron a uno de los míos” era una frase común. La división social, tajante. Pero en las paredes de las iglesias católicas se colocaban los nombres de los que morían en placas de bronce, sin distinción ideológica. Los de un bando y los de otro, una vez muertos, se unían allí.

“Franco era gallego. De Ferrol, luego al lugar lo llamaron ‘Ferrol del caudillo’. Entra al poder cuando dominaba la República, que era de tendencia izquierdista y se da la Guerra Civil”, menciona Joaquín y recuerda una anécdota:

En los tiempos de nuestra niñez estaba Corbacho, un izquierdista que no dejaba que hubiese procesiones. Yo llevaba una capillita a las casas con el corazón de Jesús y de la Virgen. Y este Corbacho estaba en el balcón del ayuntamiento y me vio. (Joaquín, 2023)

Las capillas que menciona eran cajas de madera que tenían dentro figuras eclesiásticas. La tradición era que las dejaban en cada casa de las familias católicas por una semana. Joaquín, con 12 o 13 años, llevaba la capilla de su casa a la casa de la señora Leonor dos Mudos, muy amiga de su madre.

De tanto escuchar la anécdota, quizás, Isabel la vive como si hubiese sido testigo de la escena, entonces termina de contarla: "Al pasar frente al Ayuntamiento, en el balcón se encontraba Corbacho, quien, al verlo, le advirtió: 'Rapaz, tira con eso y te doy un duro'". Joaquín aclara: "Eso significaba que si tiraba lo que llevaba, él me daría dinero. Un duro equivalía a cinco pesetas... Yo hice de cuenta que no lo escuchaba y seguí firme caminando".

Joaquín también recuerda que un día pasaba por la Casa del Pueblo, un lugar que le daba asilo a la gente más humilde y al ver que se iba a desplegar algún acto, porque había movimiento de personas, él ingresó curioso y se colocó en un rincón. Todavía guarda estas palabras de arenga del discurso de Corbacho: "Esos barcos que los explotan tienen que ser vuestros", repetía el gobernante fomentando la rebelión entre los trabajadores pesqueros. "Yo me fui a mi casa pensando en mi padre que tenía barco, pero por suerte los marineros que trabajaban con él estaban conformes".

Cuando hubo alcaldes de izquierda, muchas costumbres del pueblo fueron canceladas, entre ellas, las campanas de la iglesia dejaron de sonar a las seis de la mañana, para la primera oración del día, el Ángelus. Tampoco había procesiones. "Se hacían, pero alrededor de las iglesias, en el atrio, porque ese lugar no les

correspondía, era un lugar exclusivo de la Iglesia, no era parte del alcalde” recuerda Joaquín.

Las anécdotas recrean aquellos momentos. Pasaron más de 80 años y miles de kilómetros, en el medio avanzaron un arsenal de historias trágicas y también las aguas benignas de la prosperidad. Sin embargo, Joaquín e Isabel retornan a ese lugar como si nada hubiese pasado. Tienen las voces y las palabras grabadas, sienten los ruidos y el empedrado de las calles aún debajo de sus pies, corren a resguardar sus capillitas con lo más sagrado que les pusieron en sus manos.

Una miseria de la gran siete

“En tiempos de la Guerra Civil, todo el trigo se lo apropiaba Hitler y Mussolini, nosotros ni lo veíamos, nos teníamos que arreglar con el millo (la harina de maíz)”.

(Joaquín, 2023)

“Acá a la gente no le enseñaban a trabajar, nosotros teníamos que ir a buscar el agua con baldes en la cabeza. Había que moler los granos en el molino para sacar harina”.

(Isabel, 2023)

Tras el comienzo de la Guerra Civil, la reciente dictadura de Franco dispuso el racionamiento de alimentos y productos de primera necesidad. Personas amontonadas aguardaban su turno en el reparto de alimentos, muchos de ellos en malas condiciones. No tardaron en llegar enfermedades, incluso aquellas que ya fueron superadas mucho tiempo atrás. La energía así como el agua

escaseaban. Las consecuencias de la guerra fueron tan crueles como la guerra en sí.

Isabel y Joaquín no ahondan en las miserias, las dejan en puntos suspensivos, rotulan la situación como lo peor que puede pasarle a un país. Basta resumir lo que pasó en España con esta frase de Manuel Chaves Nogales, periodista disidente sevillano, que previó las consecuencias de la guerra con mucha lucidez en 1937: “Idiotas y asesinos se han producido y actuado con idéntica profusión e intensidad en los dos bandos en que se partiera España”.

En su libro, el autor indaga en el significado de lo que preveía como una catástrofe extendida en el tiempo:

No me interesa saber que el futuro dictador va a salir de un lado u otro de las trincheras, el hombre que encarnará a la España superviviente surgirá merced a esa terrible e ininteligente selección de la guerra que hace sucumbir a los mejores, de derechas, de izquierdas, rojo, blanco, es indiferente. Sea quien fuere, será un traidor a la causa que hoy defiende. Un gobierno dictatorial que, con las armas en la mano, obligará a los españoles a trabajar desesperadamente y a pasar hambre sin rechistar durante veinte años, hasta que hayamos pagado la guerra. Habrá costado a España medio millón de muertos, podría haber sido más barato. (Chaves Nogales, 2011, s/d)

A esta altura, sabemos de sobra quién fue el dictador que prolongó la represión sobre España, incluso mucho más que veinte años. En tanto en Cangas y, en este desolador contexto, los huertos y las sardinas eran clave para mantenerse a salvo, al menos en lo que a alimentación refiere. La familia Vidal producía en la finca sus propios alimentos, hacían una carneada una vez por año y los embutidos eran la conserva de carne que debía durar de un año para el otro.

Así como una de las labores de Joaquín era mantener las vi-
des, también tenía a su cargo ir a buscar los lechones, que luego

se criarían y engordarían para la faena. Le tocaba ir a Bueu, un pueblo vecino, cuyo camino tenía tres kilómetros en subida y tres en bajada.

“Y él iba a buscar el lechón a Bueu. Pero imagínate, ¿escuchaste alguna vez gritar un lechón? Y él lo traía metido en una bolsa sobre su espalda. Siete kilómetros caminando y el chanchito quejándose y moviéndose” con su expresión, Isabel logra que quien escribe vea esa escena, invita a caminar junto a Joaquín y a sentir el picor de la arpillera en la espalda, a sentir que duelen los dedos de los pies al avanzar sobre el camino empedrado y los dedos de las manos al apretar el extremo de la bolsa donde iba el lechón. Incluso logra que se sienta pena por él. De igual forma, Joaquín sostiene que lo hacía con entusiasmo, que era mucho más que mera voluntad de sobrevivir. “Nosotros” expresa “no éramos pobres, pero todo era con sacrificio y con mucho trabajo”.

“Tras la guerra, España quedó comprometida con Italia y Alemania. Perón le mandaba a España harina de maíz”, menciona Joaquín. El granero del mundo, como se rotuló a Argentina en varias etapas del siglo pasado, le ofrecía una dádiva al gobierno Español. Tristemente, este alimento no alcanzaba a saciar, porque apenas contribuía a paliar el hambre de una parte de la población, los que pertenecían al ejército. En las calles era común escuchar “me darías una codia”, que, según aclara Isabel, era la puntita de la empanada gallega.

“La harina de maíz no tiene ligamento, se apelmazaba, había que cortarla con un hachita y mezclarla con otra harina para que pudiera amasarse” acota Isabel. Eran tiempos de polenta y pan negro, ya que la harina de centeno reemplazaba a la blanca harina de trigo. Tiempos oscuros en que las pérdidas de seres queridos eran noticias frecuentes y tiempos de usar ropa con remiendos y de rescatar suelas de zapatos rotos para armar unos nuevos.

En ese tiempo, Isabel, que era una niña, se acostaba junto a su abuela y todavía hoy recuerda cómo crujía el colchón relleno de chalas de maíz. Sentada ahora en un sillón tapizado en pana, cuenta que le encantaba girar en aquel colchón para escuchar “ese ruidito” y su abuela la retaba, se tenía que quedar quieta si quería dormir con ella. En la casa de Joaquín era diferente, pues cada dos años iba un colchonero a la finca y se encargaba de sacar la lana de todos los colchones para escardarla y volverlos a armar.

Evocando esa época desde este lugar y este tiempo, Joaquín califica la situación como “una miseria de la gran sieté”. Si bien ellos podían estar felices por la energía de su juventud, no había miras de paz ni de progreso.

Eva Perón en Vigo

Dos años después de concluida la Segunda Guerra Mundial, España, por su alineación con el Eje: Hitler y Mussolini, fue excluida de las Naciones Unidas. Mientras continuara el régimen fascista, todos los diplomáticos internacionales debían irse de Madrid.

Tal era este alineamiento que Franco albergó en Galicia a varios alemanes nazis luego de la guerra, muchos de ellos permanecieron escondidos en Vigo y, tiempo después, con el apoyo de Perón, se exiliaron en Argentina, donde se había creado la SARE, Sociedad Argentina de Recepción de Europeos, una especie de hospedaje para los militares fascistas de alto rango que escaparon de Europa.



Joaquín junto a un amigo mientras cumplían el Servicio Militar en Vigo.
Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

Joaquín estaba cumpliendo con el servicio militar cuando fue testigo de la “Legión de Honor”, aquellos militares alemanes que embarcaron en Vigo para regresar a Alemania. A él le quedó grabada la pulcritud y el orden de esos desfiles, especialmente el “paso del ganso” que hacían apoyando la planta completa del pie, lo que producía gran impacto mientras marchaban. En este contexto, Estados Unidos disolvió los tratos de ayuda humanitaria con España, pero no así Argentina: Perón no solo se comprometió con Franco para enviarle barcos cargados de harina, sino que le envió a una representante, Eva, para motivar a un pueblo desesperanzado.

“La reina de los descamisados” llegó a España en junio de 1947, y fue recibida por el Ejército y multitudes fervorosas (Hoyos Pérez, 2019).

En el trigo que con tanto amor cultivaron los descamisados de mi pueblo, les traigo un mensaje de amor, de solidaridad y de hermandad y el abrazo cariñoso de un pueblo grande a otro pueblo grande. Sepan obreros españoles, que mientras en nuestros trigales haya una espiga, esa será compartida con vosotros. (Eva Perón, 1947)

Eva pisó las rías bajas de Vigo el 20 de junio, junto a una comitiva de Franco, allí se organizó un acto multitudinario. Isabel y Joaquín, por separado, cruzaron desde Cangas para verla. Era un acontecimiento convocante. Joaquín, con el servicio militar recién cumplido, quedó admirado por los rasgos humanitarios y por el discurso de ayuda a las necesidades de los más humildes, algo que lo “sorprendió”, según relata a la distancia.

Del otro lado del mar

Ya instalado en la Capital Federal junto a su familia, pero al tanto de la situación crítica que atravesaba España, fue Alfonso quien invitó a uno de sus sobrinos varones, hijos de Abelina, a venirse. Tal como habían hecho con él. Por tradición, la invitación a viajar le hubiese correspondido a José, que era el segundo hijo varón, ya que en aquel entonces los primogénitos, los privilegiados de la familia, como lo era Manolo, debían quedarse en la tierra natal a hacer productiva la herencia. Pero José, ya establecido en Madrid y con buen sueldo, elegido por su altura, al igual que Manolo, para ser escolta de Franco, no aceptó el llamado.

Entonces, le preguntaron a Joaquín si quería venir a la Argentina y él dijo que sí porque, según se reconoce, él era más decidido que los otros hermanos y podía proyectarse en un país que tenía de todo para salir adelante. La oportunidad le llegaba a él y era una salida de la “cárcel mundial”, como nombra a aquella situación, además tenía “ansiedad de progresar”.

Empezaba el año 1950 y la familia le dio la bendición para que él zarpara. Aún recuerda el abrazo con sus padres antes de partir y aquella frase de su mamá antes de entrar a aquel barco carguero: "Hijo mío, que Dios te acompañe". Era uno de los tres barcos contruidos en Estados Unidos para llevar alimentos a los barcos de guerra. Joaquín viajó en la bodega del "Ciudad de Córdoba" venciendo con la fe la incertidumbre.

Los que emigraban no eran los primogénitos, que se quedaban en España, porque antiguamente eran los que recibían la herencia y tenían facilidad de ir al colegio. En cambio, los varones que nacían después tenían que trabajar y construirse el porvenir por mérito propio.

Joaquín cuenta que los gallegos que emigraban por trabajo eran personas humildes y no tenían dinero. Como los privilegios los tenían los hermanos mayores, incluso el privilegio de la educación formal, los segundos no tenían muchos conocimientos y por eso los trabajos que tomaban no eran calificados: "De ahí viene que el gallego que venía acá no era muy ilustrado, venía a trabajar. No hacía trabajo muy destacado, sino rústico, por eso decían que el gallego no tenía mucho conocimiento" comenta.

Ni bien Joaquín llegó a la Argentina, en 1950, a los 23 años, permaneció un tiempo en Buenos Aires, donde estaba su tío Alfonso, y consiguió trabajo en un taller frente a la Plaza Constitución, cuyos dueños eran "paisanos" según sus palabras. De hecho era una familia que vino de Cangas tiempo antes. Además de su experiencia en la finca y en la fábrica donde trabajó, venía con el título de Técnico mecánico industrial de la Escuela de Artes y Oficios de Vigo.

Vivía en la calle Humberto Primo entre Chacabuco y Perú, en el barrio de San Telmo. En el taller desempeñaba el puesto de ajustador mecánico y coordinaba y acomodaba las piezas de automóviles. Allí propuso una serie de mejoras en el proceso de

producción, pero esto no lo motivaba y, tras un tiempo de trabajo, perdió el interés en quedarse.

La Argentina le pareció maravillosa desde el momento en que cruzó a un grupo de niños que entraban a la escuela con guardapolvos blancos. “Todos iguales” recuerda Joaquín mientras rememora el efecto que le causó aquella observación, e Isabel sonríe a su lado y acota: “Porque allá en España, los hijos de ricos se conocían por las ropas que llevaban a la escuela, y los pobres tenían todas las ropas con remiendos ¿sabes lo que son los remiendos? creo que aquí se les llama parches”.

Se sabe que durante la guerra muchos niños tuvieron que ir descalzos o con remiendos en la ropa a la escuela y que era frecuente que se hicieran su propio calzado. El guardapolvo unificaba a ricos y pobres, aunque sea en una primera apariencia, y eso era un acto de justicia que merecía ser contado. Por un momento, se aparece la imagen de un joven inmigrante que escribe eso en sus primeras cartas a su familia. Cartas que tardarían hasta tres meses en llegar, tanto como un barco en atravesar el mar desde el Río de la Plata a Cangas de Morrazo.

Así fue cuando le avisaron que murió su hermana menor, Ramona, que rondaba los 20 años, poco tiempo después de su llegada a la Argentina. Rasgos de aquel dolor que sintió los expresó en una carta que envió al resto de sus hermanos:

Vosotros al fin la podisteis ver más que yo, muy lejos estoy de ella y ni siquiera el último beso de despedida pude depositar en su mejilla. Las flores las tenemos aquí en casa y en casa de los primos, pero yo tengo otras flores en mi corazón que ella plantó durante el tiempo que nos criamos juntos, y estas son las que siempre conservaré y me harán recordar a mi hermana Ramona¹. [sic] (Joaquín, 1950)

1 Ver Anexo 1: Carta de Joaquín, 1950.

Tras la pérdida que debió afrontar solo, que manifestó en su carta, conservada aún en su caja de recuerdos, debió abocarse al trabajo en el taller de sus paisanos, en un Buenos Aires que le encantaba porque se cruzaba con gente de todo el mundo que hablaba en todos los idiomas, aunque sin saber qué haría en su futuro argentino. Hasta que un día de 1953 los tíos invitaron Joaquín a General Pico, un pueblo del Territorio Nacional Eva Perón (aún no era La Pampa), a conocer la fábrica de José y Herminio Viscardis, hermanos de su tía Selvina, que desde el año 1937 tenían su famosa fundidora.

En General Pico, lo que empezó como una herrería que producía artesanalmente herraduras y algunas herramientas para la tierra, en 1953 ya era un taller de fundición de hierro y bronce, y también carpintería que elaboraba ruedas, bombas de agua, herramientas e implementos agrícolas.



Antigua construcción de la Herrería Viscardis sobre la calle 14, entre 15 y 17. Museo Regional Maracó, s/d.

Resulta que una hija de José Viscardis se casó con Juan Etchevers Harriet, uno de los herederos de la estancia 'Don Remigio', ubicada en González Moreno. Era una época en que los

lazos familiares incluían también ciertos lazos empresariales, fue así que los estancieros Etchevers Harriet, que tenían más conocimiento de los implementos agrícolas, les dieron un envión a aquellos hermanos que trabajaban el hierro. Y, con un poco más de desarrollo y capital, en la herrería se fabricaron herramientas más elaboradas. Momento de innovación en que dejaron atrás el nombre de Herrería Viscardis para pasar a ser Industrias Maracó.

En ese entonces, la estancia ‘Don Remigio’ ya había adquirido arados de discos, traídos de Estados Unidos con la finalidad de no erosionar el suelo. En sus primeros días en estos lugares, Joaquín pudo conocer los arados importados e intercambiar ideas con los socios de la incipiente empresa.

Desde el momento en que llegó, poco sabemos en qué mes de 1953, Joaquín decidió quedarse en General Pico, donde primero le alquilaron una habitación en la calle 17 entre 16 y Avenida, muy cerca de la herrería de los Viscardis, y luego vivió dos años en el conocido Hotel Comercio: “Me alquilaron una habitación, pero también era restorán que hacía comida casera. Desayunaba y almorzaba ahí” recuerda.

Joaquín ya no volvió al taller mecánico de plaza Constitución, encontró aquí, en un pueblo de provincia, el desafío y el lugar donde volcar sus conocimientos y donde podía concretar ideas para beneficio del lugar que lo recibía. Ya no estaba en la finca de su padre, estaba en plena pampa, donde kilómetros y kilómetros de tierra merecían ser tan productivos como la huerta de una hectárea de su Cangas natal.

“Yo lo que veía acá, es que no se utilizaba lo que este país ofrecía” menciona Joaquín, al rememorar sus primeras percepciones de la llanura. La tierra abundaba, pero eso no era suficiente si la labranza no era la adecuada. El viento se metía entre los surcos y elevaba la tierra que se convertía en arena improductiva. Había mucho por hacer y Joaquín tenía en sus manos un timón,

diferente al de su abuelo materno y al de su padre, ambos capitanes de barcos pesqueros, este era un timón donde no había mar: “Ni bien llegué, ya quedé como director de Industrias Maracó” dice entusiasmado.

La hija del curial y la curiala

Evaristo e Isabel Marina se casaron en Cangas en la década del 20. Un 10 de septiembre de 1929 nació su primera hija a quien llamaron Isabel María González Acuña.

Isabel aprendió a hacer todas las tareas del hogar de su madre y de su abuela, pero lo que más le gustaba de niña era coser vestidos para sus muñecas con los retazos de sus ropas y aprender matemática y geografía. En la escuela le gustaba resolver problemas, cuando terminaba los suyos, seguía con los de la compañera de al lado, a quien se los cambiaba por los dibujos que ella, según cuenta, no tenía talento para hacer. Su maestra le decía que debía estudiar para ser profesora de matemáticas porque tenía mucha facilidad, pero a la hora de decidirlo, pesó más el mandato de su madre: “es peligroso que una señorita cruce todos los días sola a Vigo”.

A Isabel también le encantaba ver mapas, tenía en su casa un globo terráqueo en el que cruzó muchos mares imaginariamente, apoyando su dedo en un país y en otro. Tal vez, la memoria sea la virtud de encontrar en el pasado los hitos que indicaron un destino. Pasados sus 90 años ella relata el viaje de Colón, cuenta asombrada cómo le costó a Colón conseguir a la gente para emprender el viaje y dice que al final logró que lo acompañaran los presos. “Nadie quería ir a una aventura...”. Aventura de cruzar el mar a la que ella se arriesgó a los 25 años y llegó a un pueblo tan quieto y llano como General Pico, donde vive desde hace más de setenta años.



Retrato de Isabel en Cangas. Fondo
fotográfico Familia Vidal, s/d.

El padre de Isabel era conocido como “el curial” que significa “el que da consejos”. Según recuerdan, se expresaba como abogado. “En esa época no había estudios como ahora”, explica Joaquín, “entonces alguien que entendía un poco de leyes podía aconsejar a la gente humilde que iba a preguntarle”. Isabel acota divertida: “mi padre además era muy gracioso, en la calle le pedían que contara algo. Le decían ‘Evaristo contá un cuento’ y él enseguida respondía ‘¿picante o dulce?’. Mi abuelo Maximino también era de lo más gracioso”. Recuerda a su abuelo con alegría.

Evaristo, a la vez que llevaba su servicio comunitario como “consejero legal”, trabajaba en un barco dirigiendo la pesca. Al igual que el padre de Joaquín, era patrón de costa y de pesca. Pescaba en la época de bonito y sardinas, entre la última quincena de agosto y la primera de septiembre, y tenía predilección por los marineros vascos porque no mentían. Era un hombre amable con todo el mundo, por eso se había ganado la confianza de mucha gente del pueblo que acudía a su casa a pedirle distintos consejos, legales o no. La madre de Isabel tenía un puesto en el mercadillo donde revendía frutas y verduras, heredado de su madre Emilia, eran productos cosechados en las aldeas de los alrededores. Se comía lo que se producía, porque la ayuda que llegaba en los barcos se distribuía en otros lados.

La situación de guerra y pobreza que se vivía no pudo nunca contra el espíritu entusiasta y activo de Isabel. En su etapa juvenil entró en la llamada Acción Católica, grupo con el que salían por los pueblitos cercanos a Cangas a impartir clases de catecismo en el que, además, actuaba y cantaba. Le hubiera encantado ser actriz. Sentada en el living de su casa en la calle 14, pegada a uno de los pocos, si no el único, rincón de teatro independiente de Pico, al que pocas veces entró, ella pronunciaba aquel texto memorizado en una obra juvenil:

Yo soy la pobre Rosita, que solo espinas ofrezco.

Aunque dicen que soy bonita, a una rosa me parezco.

Pero soy pobre, es mala cosa, como quien...

Las palabras se escabullen en la escasa luz que se filtra por la persiana a las seis y media de la tarde. Ella cuenta que solo actuaban las mujeres y se trasladaban a pie para realizar la obra por los pueblos. Enseñaban catecismo y hacían la obrita teatral ilusionadas con su misión en el mundo.

El conocido ‘Camino de Santiago’, que une los pueblos del norte de España, lo caminaron con dicho grupo. Y en las fiestas parroquiales bailaba la jota y la muñeira, o lo que tocasen, como los bailes folklóricos grupales. “Pero los bailes en pareja no”, ya que bailar con alguien del sexo opuesto no estaba permitido por Acción Católica en ese momento. Bailar “con aquel buen mozo”, el hermano de su amiga Ramona, “no sería bien visto”, aunque ella lo anhelara.

Las idas y venidas de mensajes juveniles cumplieron su misión y poco tiempo después Joaquín se acercó a hablarle. Fue un noviazgo dentro de las costumbres de la época: miradas en la misa, salidas grupales a la playa, visitas semanales en la vereda de la casa de Isabel, algún paseo en barco.

El romance se extendió hasta que llegó la carta con la propuesta del tío de Joaquín, el hermano de su madre, que se encontraba en América. A Joaquín le tocó tomar una decisión. Desconocemos cómo tomó Isabel esa noticia, ya que su primer amor zarparía a un lugar desconocido y tan distante que para ubicarlo debía hacer girar su globo terráqueo.



Isabel y Joaquín en una barca del puerto de Cangas, antes de 1950.
Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

El vestido negro y el tapado rojo

“Los tíos de él que estaban acá, viajaron a España y yo vine con ellos. Yo me acuerdo que salí un 24 de Septiembre y llegué el día de Santa Teresa de Jesús”

Isabel, 2023

Setenta años después de aquel acontecimiento, Isabel recuerda su viaje en barco de Galicia a Buenos Aires. Venía a reencontrarse con aquel muchacho que iba a visitarla dos veces por semana a la calle Fuente Ferreira, bajo la vigilancia de su madre.

“A mí me gustaba conocer, yo no extrañaba, yo quería conocer otros lugares, no como aquellos que están como ‘voy a extrañar a

mi papito". No cabían dudas para ella. Su destino era Argentina y Joaquín, con quien ya se había casado a distancia.

Ocurrió que tras las grandes oleadas inmigratorias de la primera mitad de siglo, el Gobierno de Perón decidió poner restricciones a los ingresos al país. Solo podían arribar para quedarse quienes fueran reclamados por un familiar que ya estuviera aquí. Isabel no cumplía con esa condición, ya que sus parientes gallegos habían llegado hasta Chile y ahí se habían establecido.

Este hecho está registrado en el artículo de una investigadora del Conicet, Nadia De Cristóforis, 3° Jornadas Nacionales de Historia Social, 2011:

Por motivos diversos, el gobierno peronista elaboró una política proclive a la recepción de los extranjeros. Pero esta última no se reveló como totalmente liberal o abierta, sino encaminada a seleccionar y encauzar los flujos inmigratorios. (...) No podemos dejar de mencionar la fuerza del parentesco en la atracción de españoles, puesta al descubierto en la presencia de una enorme cantidad de Permisos válidos para el libre desembarco, tramitados todos ellos a través de tíos, padres, cuñados, hermanos, establecidos en la Argentina previamente.

Por carta, los novios acordaron un plan: casarse a distancia para que ella pudiera venir a la Argentina sin problemas. Joaquín ya trabajaba en General Pico y viajó a Buenos Aires, al Registro Civil, para hacer el trámite de casamiento y el reclamo de la novia, a quien había dejado de ver tres años atrás. Dicen algunos conocidos de la familia que José Viscardis lo apoyó en esta tarea y que juntos hicieron el trámite que le permitiría casarse a distancia y solicitar a la esposa española. El documento era un "poder" que debía mandar certificado.

Una vez que el documento llegara a Cangas, Isabel y su familia debían aceptar el pedido del novio. Allí hicieron una ceremonia, donde el padre de Joaquín lo representó en la iglesia. Y la novia,

encantada con la costura, soñaba con una boda de tules blancos, se casó en la última misa del mediodía con un vestido de encaje negro y salió de la iglesia del brazo de su suegro José. “Era un vestido que me había hecho la modista de la calle Real. La tela era encaje negro sobre un fondo dorado. Era muy bonito” recuerda ella.

El casamiento tuvo repercusiones de las que Isabel se enteró tiempo después:

Lo gracioso fue que mis amigas, después me contaron por cartas, que, a la salida de la iglesia la gente rumoreaba que el padre de Joaquín debería tener mucha plata, ya que se estaba casando con una chica muy joven, que era yo.

Tras aquella ceremonia inusual y ya con el poder en mano, Isabel zarpó en barco desde Vigo con los tíos de Joaquín, Alfonso Abal y Selvina Viscardis. Partieron el 24 de septiembre de 1954 y llegaron el 15 de octubre del mismo año a la Argentina. Joaquín se encargó de que ella viajara con todas las comodidades y atenciones, le había comprado un boleto en primera clase en un barco inglés.



Retrato de Isabel antes de llegar a la Argentina.
Fondo fotográfico Familia Vidal,
s/d.

Isabel aún lo provoca a Joaquín contando la anécdota de un portugués que, al parecer, la pretendía mientras duró el viaje, pero a ella no le gustaba porque él era delicado en los almuerzos y no le gustaban los alimentos en conservas.

El día del arribo, la prima de Joaquín, Luchi Abal, muy compinche suya, lo acompañó al puerto a esperarla. El novio, ya esposo, llevaba un ramo de flores y quería ser el primero en verla. Con ansiedad subió al barco a buscarla, pero ella se había bajado, lo que provocó un desencuentro momentáneo. Luego Isabel apareció esplendorosa ante sus ojos con un saco rojo. El primo de Joaquín, que también había ido a acompañar al novio, acercándose al oído le comentó: "Gallego estás jodido, viene con la regla". Joaquín ríe al contar esa anécdota e Isabel acota entre distraída y asombrada: "Y las flores, Joaquín, te acuerdas, estaban todas caídas".

Esa primera noche estuvieron en la casa que Luchi les había cedido, ubicada en La Boca. Pasaron unos días en Buenos Aires, una suerte de luna de miel porteña y pronto se tomaron el tren para llegar a General Pico. "Qué bien se viajaba en tren" recuerda Isabel, "eran otras épocas, totalmente distintas".

Una vez que Isabel llegó a Pico, con todas las vicisitudes, pero ya constituidos marido y mujer, tuvieron una ceremonia en la Iglesia de La Merced en General Pico, a la vista de ellos, conoedores de las catedrales de Santiago o la propia de Cangas, la iglesia local era una capillita, pero los dos estaban dispuestos a adaptarse.

"Cuando vino ella, alquilamos una casa en la calle 8 entre 13 y 15" dice Joaquín. De hecho vivieron allí los primeros años, donde nacieron sus cuatro hijas; la primera, justo nueve meses después del arribo de Isabel. Años después, él pudo hacer su propia casa muy cerca de la empresa que marcaría su vida.

General Pico en la década del 50 tenía calles de tierra y los pocos autos que transitaban debían andar con las luces encendidas,

porque aún al mediodía había días que no se veía ni a 20 metros por las nubes de polvo suspendidas. El potencial de riqueza, que era la tierra, volaba entre las casas y se elevaba en los campos arados, solo las lluvias ocasionales menguaban el fenómeno. Flacos y escasos árboles formaban espaciadas hileras en las veredas sin cordón y algunos caballos se amontonaban a la espera que sus dueños salieran de los almacenes.

“Yo cumplía 24 o 25 años, tenía ansiedad por conocer, estaba decidida a venirme”. En su equipaje, Isabel había traído sandalias de taco con la esperanza de usarlas en su vida de flamante esposa, pero ni bien llegó a Pico se dio cuenta de que no las podría usar. Debió apelar a la creatividad de algún zapatero que se las convirtiera en zapatos bajos, ya que las veredas y calles de tierra eran hostiles para jóvenes coquetas.

La determinación de Isabel y su esperanza puesta en una nueva vida en un lugar que solo conocía por las referencias de las cartas de su enamorado pesaba más que toda una lista de inconvenientes con los que se podía encontrar. “Pero además había otra cosa” acota Joaquín, desde su mirada analítica y su tono convincente, “ella había salido de la Guerra Mundial. España había sufrido mucho. Y, si bien Galicia no participó en la Guerra Civil, todo lo que se producía iba para alimentar las tropas, no para el ciudadano común”.

En definitiva, este suelo de tierra volando era más esperanzador que una Europa de mármoles vencidos. Joaquín no se arrepiente y sus palabras denotan la firmeza de alguien que eligió bien.

Capítulo 2

De la planta ballenera a la aguada de las liebres

Punto de partida: Massó Hermanos

Luego de cumplir con el servicio militar en la Marina, Joaquín empezó a trabajar en una empresa instalada en Cangas. Sus dueños eran descendientes de catalanes que, en el siglo XIX, habían decidido cambiar el Mediterráneo por las costas gallegas, las Rías Baixas de Pontevedra, afluyente de extraordinaria riqueza de frutos del mar.

Massó Hnos. se construyó en Cangas de Morrazo en 1941 y se convirtió en poco tiempo en una fábrica modelo, destacada en Galicia y en el mundo, no solamente por su infraestructura y productividad, sino por una visión integral de la producción y hacia los empleados (Torres, 2015).

Esta gran planta procesadora de ballenas y pescados fue una de las principales proveedoras de conservas de España durante la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento, empleó a 300 mujeres que podían tener a sus hijos pequeños cerca, ya que la empresa les otorgaba el servicio de guardería. Impulsaba una visión industrial innovadora en todo sentido, ofrecían asistencia social, tenían banda de música, coro y los sábados proyectaban películas. Además, habían construido un hotel para los trabajadores que venían de otros lados y no tenían casas donde instalarse.



Vista interna de las obreras trabajando en la fábrica Massó Hnos.

Joaquín recuerda su paso por allí, ya que no fue un trabajo al pasar. Tiempo después, en sus siguientes pasos, manifestaría cuánto lo marcó aquella experiencia.

Comenzó a trabajar en Massó a los 17 años, cuando su hermano José le cedió el lugar tras haberse unido a la Escolta de Franco, y continuó por tres años y medio más. Además de envasar las conservas, se fabricaban allí las máquinas para enlatar, producto que también se exportaba. Joaquín se despertaba a las seis de la mañana con las campanas de la iglesia, costumbre heredada de sus abuelos, se preparaba y a las ocho ya estaba en la fábrica cumpliendo su labor. Él pertenecía al sector mecánico, más específicamente al de ajuste, que era donde se ensamblaban las diferentes piezas que producían las latas de conservas (cabe destacar que los hermanos Massó fueron pioneros en la conservación de

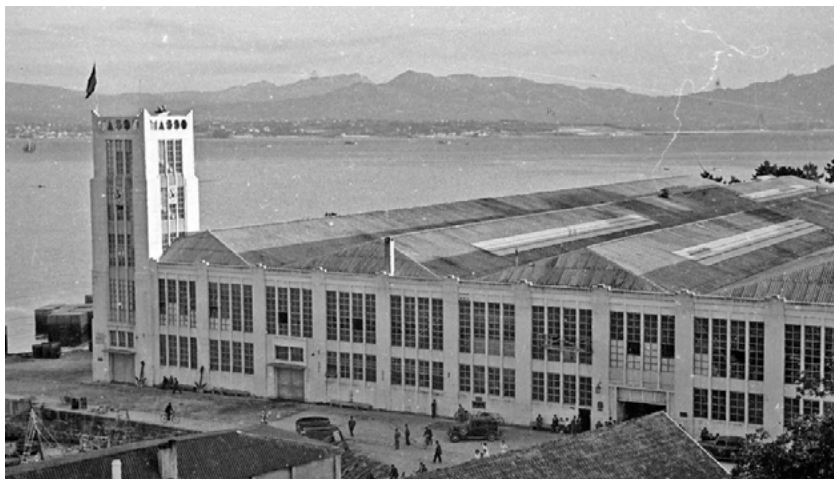
alimentos en envases de hojalata). Se desempeñaba también en el matricero, nombre que le daban al espacio donde hacían las matrices de la insignia de las latas, lo que hoy conocemos como su logo.

El proceso de producción consistía en transportar las sardinas en cajones, distribuirlas en piletones con agua de mar y eran las mujeres las encargadas de meter las sardinas en las latas que pasaban por la prensa para luego cerrarse y sellarse.

Como un beneficio más a los trabajadores, la fábrica vendía los pescados a sus empleados al mismo precio del que lo habían adquirido a los barcos pesqueros de la zona. Massó Hnos. era una enorme edificación: en la época de ballenas, entre agosto y septiembre, las pescaban a un día de navegación de la ría. Cuenta Joaquín que su padre había pescado ballenas en dos oportunidades, pero que, con el tiempo, esta práctica se prohibió porque las ballenas estaban en peligro de extinción.

Mientras trabajaba en Massó Hermanos, Joaquín también estudiaba. Cruzaba en una barca dos veces por semana a Vigo, a la Escuela de Arte y Oficios a estudiar Técnico Mecánico. Su rutina consistía en trabajar por la mañana en Massó, almorzar en su casa y a las tres partir a Vigo para ingresar en la escuela a las cuatro de la tarde y volvía a Cangas a eso de las ocho.

Era un joven con una orientación muy definida desde chico, que inventaba sus propias herramientas. También, por la forma de vida familiar, sus valores en cuanto al trabajo estaban formados y guiaban sus pasos. Además, en esta etapa entre la escuela y la fábrica, descubrió la mejor forma de llevar adelante un oficio, que implica aprender y aplicar, producir y tener vida social, trabajar y recrearse.



La enorme estructura de Massó Hermanos frente al puerto de Cangas.
Foto Lista Roja, 2020.



Foto actual de la torre
de Massó Hermanos.
Manuela Vassolo Vidal,
2022.

Massó Hermanos durante tres años preparó a quien luego fue el director de producción de Maracó durante treinta años, en otro continente, en otro paisaje. Podemos considerar esta planta ballenera como el punto inicial de la visión de Joaquín sobre el trabajo en una organización, que trascendía lo técnico o la mera producción y ampliaba la mirada hacia las personas que se involucraban en las tareas de la empresa, y las trataba, más que como empleados, como colaboradores fundamentales que debían estar bien, tanto en su salud como en su vida social y familiar.

Forjando el hierro

Desde el momento en que Joaquín fue recibido en Pico por los Viscardis, hubo algo que los vinculó, más allá de su tía política, Selvina, hermana de José y Herminio. Fue como si todas las piezas estuvieran dispuestas de manera tal que él solamente debía juntarlas.

Unos años antes del arribo de nuestro joven polizón a la Argentina, en un pueblito de Jujuy se descubría un yacimiento de hierro, que se conoció luego como las minas de Zapla. Este hecho casual dio origen a la industria siderúrgica argentina: cuando comprobaron que el mineral se podía explotar, se creó la Dirección General de Fabricaciones Militares (DGFm) (Lurman, 2022). Esto significaba un impulso enorme para la economía del país, ya que abría un panorama distinto a la dependencia casi exclusiva de la agricultura y la ganadería. Desde ahí comenzaría un despliegue de la industria metalúrgica a la que la empresa de los Hermanos Viscardis estaba intrínsecamente vinculada.

Joaquín llegaba a General Pico con entusiasmo y esperanza, con la fuerza de su juventud y, además, con la peculiar experiencia laboral que se mencionó antes. Él había trabajado en la finca, conocía la tierra, las plantas, los cultivos, sabía de producción y

de herramientas. Aquí fabricaban algunas herramientas agrícolas. Estudió en una escuela técnica y aquí necesitaban técnicos y mecánicos que guiaran el trabajo. A Joaquín le encantaba la innovación, ya que a los diez años creó su propio carro para eficientizar su tarea de podador de parras, y aquí en Argentina, justo a mediados del siglo XX emergió una visión industrial dirigida a facilitar las tareas del agro.

Era una época floreciente para la industria. La fábrica fundidora de don José Viscardis recibía algunas propuestas innovadoras de 'Pochoco' Etchevers Harriet, hermano de su reciente yerno. Los Harriet eran reconocidos en la zona, no solamente por la gran superficie de campo que le pertenecía a su familia entre La Pampa y Buenos Aires, sino porque los propietarios buscaron implementar los mejores recursos y métodos tanto en agricultura como en ganadería. Todavía se reconoce el sistema Harriet como una metodología de manejo ganadero que se enseñó, incluso, en varias universidades.

Su empresa, que tuvo su apogeo en 1950, incluía importantes superficies, centenas de personas, tractores y máquinas y decenas de aviones. Don Juan comandaba más de veinte grandes establecimientos dotados de la más moderna infraestructura donde sumaban cerca de 180.000 las hectáreas cultivadas. Allí se producían 600.000 bolsas de trigo además de avena, cebada y maíz y su empresa manejaba un rodeo de más de 100.000 bovinos y una majada de 60.000 lanares. Quienes lo conocieron, lo describen como un empresario tenaz, exitoso, humano y generoso, provisto de una gran creatividad. (Egusquiza, 1988)

A poco de llegar a General Pico, Joaquín fue invitado al campo de los Etchevers Harriet y entabló contacto con ellos. Le mostraron sus maquinarias, le hablaron de sus viajes al exterior, de las semillas importadas y apareció en escena una serie de revistas

con información agropecuaria traídas de Estados Unidos que Joaquín empezó explorar con fruición.

“Los Etchevers Harriet mejoraron sus campos porque sacaron todos los arados de reja, en ese tiempo que había erosión eólica ¿Sabés cuántos médanos había en los campos de Trenque Lauquen hasta acá?” Joaquín hace un gesto de cantidad y continúa con gran conocimiento de causa:

Acá se trabajaba mal, se trabajaba con arado de reja, que va a 15 o 20 centímetros abajo y en esta zona a esa profundidad había arena. Cuando la reja daba vuelta la tierra, quedaban las raíces y la arena arriba. Eso producía cada vez más erosión y pérdida de productividad. (Joaquín, 2023)

En esas revistas él vio cómo estaban hechas las maquinarias que podían usarse en esta zona y que estaban diseñadas de tal forma que no contribuyeran a la erosión:

Los desafié a que consiguiesen unos ángulos para hacer un caño cuadrado de 12 cm para que, soldados, formaran el cuerpo del arado, que era una copia de un arado que vino de Estados Unidos. Se hizo un prototipo y luego muchas modificaciones para llegar a los que se empezaron a vender por toda la provincia. Y también se llegaron a exportar. (Joaquín, 2023)

Prontamente, el taller de los Viscardis se transformó en un laboratorio experimental de máquinas de labranza que podían llegar a funcionar muy bien en toda la región, la escena estaba dispuesta para la acción y Joaquín era uno de los actores principales, lo habían nombrado “jefe del taller”.

“Nosotros sacábamos copias de los implementos agrícolas y los fabricábamos acá” cuenta Joaquín como si se tratara de inventos de pequeña escala. Es que junto a ‘Pochoco’ generaron una sinergia que les permitía idear, bocetar y construir pieza a pieza grandes y pesadas maquinarias para el agro, como fue aquel primer

arado de rastra a discos, quizás el primero del país, y que lograron patentar. A partir de allí, sigue una larga lista de trabajos inusuales e invenciones a medida que irán apareciendo en el relato.



Prueba de uno de los arados rastra. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

Los implementos que fabricaron estos pioneros eran copias y adaptaciones de los que se usaban en zonas agrícolas de Estados Unidos que, como en esta llanura ventosa, habían padecido la erosión del suelo, pero cuyos trabajadores ya habían encontrado alternativas y soluciones. Y aquí, en la calle 14 entre 15 y 17 de General Pico, lo que fue una herrería que literalmente hacía herraduras y, un poco más adelante, cocinas a leña y bombas de agua, ahora era “la cocina” de una de las industrias más importantes que tuvo La Pampa: Industrias Maracó SRL, la que décadas después inaugurara el Parque Industrial de General Pico.

La semilla en buena tierra

Aquel día salió Jesús de la casa y se sentó junto al mar. Y se le juntó mucha gente; y entrando él en la barca, se sentó, y toda la gente estaba en la playa. Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno.

(RVR 1960, Mateo, 13:1-9)

Siendo niño, como ayudante del monaguillo y luego como catequista en la Catedral de Cangas, Joaquín oyó decenas de veces esta parábola. Quizás lo que siguió en su vida no fuera en sentido literal “sembrar la palabra de Dios”, cosa que sus padres habrían anhelado, pero sí fue llamado a una misión que él abrazó con convicción y vocación: hacer todo lo posible para preparar la tierra para la siembra y no una siembra simbólica, sino la siembra de semillas que germinaran en alimento.

Él cuenta que cuando llegó a esta llanura, a principios de los 50, todavía había quienes sembraban al voleo. Eso significaba que el chacarero iba con la bolsa de semillas arriba del caballo sobre la tierra arada y con una mano arrojaba puñados de semillas que podían caer muy dispersas o muy juntas. Las pérdidas que esto ocasionaba eran muchísimas, pero, además, ¿Quién soportaría

tal agotamiento si todas las extensiones de campo debían ser trabajadas de esta manera? La problemática era muy evidente para Joaquín, que conocía el cultivo en tierras escasas (como mucho, las fincas de su familia en Cangas no superarían las cuatro hectáreas) y aquí, que había grandes extensiones aptas para la siembra, estaban perdidas porque no se aprovechaban los beneficios de cada espacio productivo de tierra.

A eso se le sumaba la rústica geografía y las condiciones del clima de la zona pampeana: “Yendo para Santa Rosa había mucho médano, ahora no tanto. También hay mucho menos monte, pero no se ven los médanos que había antes” evalúa Joaquín ahora. Era necesario desarrollar equipos con mayor tecnología, encontrar soluciones en herramientas agrícolas que funcionaran tanto para mejorar la producción, como la calidad de vida de los trabajadores del campo. Y allí intervinieron con su ingenio, en parte adaptando, en parte inventando, un arado que mejorara el sistema de siembra y no contribuyera a la erosión eólica. Ante la adversidad que estos suelos presentaban, Joaquín se vio desafiado. Su objetivo era ver un mejor rendimiento, se estaba dedicando por completo a un trabajo nuevo, en un lugar que se había ganado por destino o vaya a saber por qué ocurrencias de Dios, pero necesitaba con avidez lograr un resultado demostrable.

¿Este deseo estaría alimentado por el hambre que merodeaba España entonces? Para sembrar, la tierra debía estar aireada y con rastros, cuya descomposición paulatina ayudara a la germinación y permitiera una mayor permeabilidad en cada lluvia. Esto rondaba los pensamientos de Joaquín que mantenía diálogos con la gente de campo y se propuso él mismo aprender a domar los médanos. “Me acuerdo” dice, a los 96 años, “lo mal que se trabajaba antiguamente. Acá la erosión eólica era terrible” y recuerda aquella época de La Pampa agreste y rústica. Y no tarda en hilar ese recuerdo con uno de los lemas que pensó para la empresa que

lo convocara: “Cientos de médanos son monumentos para recordarnos los errores pasados”.

Con diferentes pruebas se comprobó que el arado de reja, más que preparar para la siembra, dejaba los suelos propensos para la erosión. En tanto que, en las revistas de Estados Unidos traídas por los Harriet, Joaquín vio el diseño de un implemento superador que acá se podría copiar y en ese equipo humano con tanto impulso, del que ya era parte, se puso a la tarea.

El nuevo arado llevaba discos y un tipo de ensamble especial, y si bien contaba con la fundidora de hierro, por las dimensiones y el tipo de aleación, esos discos no se iban a poder fabricar aquí, por lo que debían ser importados. Al poco tiempo, gracias al capital de los estancieros, llegaban de Estados Unidos las placas, a las que luego le darían el formato cóncavo de los discos.

Por otro lado, para hacer los ángulos, necesitaban un horno de mayores dimensiones que el que tenían en General Pico y consiguieron el nexo con una empresa que fue clave para la realización de esta hazaña. Se trató, justamente, de Fabricaciones Militares, que luego envió las piezas solicitadas a Industrias Maracó para que fueran ensambladas.

Una vez que elaboraron la réplica del arado, debía ser probado y para eso se preparó un gran evento en la estancia “Don Remigio”. Los Etchevers Harriet invitaron a sus amigos de las universidades de Buenos Aires, Córdoba y Rosario, vinieron ingenieros y especialistas del agro, contactos del INTA, entre los cuales estaba el ingeniero Guillermo Covas, con quien Joaquín entablaría una entrañable amistad y a quien debe aún su admiración.

El que se probó en aquel evento era un arado rastra de 14 discos en un eje, traccionado por un tractor de 20-25 caballos de fuerza que, en comparación con el arado de reja, abarcaba mucha más superficie e involucraba menores costos, además de minimizar el impacto agroecológico, ya que “no rompía” la tierra.



Arado rastra a discos en proceso de prueba en el campo. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

La sugerencia que le hizo Covas a Joaquín en ese momento fue que separara más los discos entre sí y los dejara a una distancia de 25 centímetros. Así se hizo después y el invento fue patentado.

Los hermanos Viscardis se unieron en sociedad, en un primer momento, con los hermanos Bastard, propietarios de la Agencia Ford radicada en la ciudad, aunque cerca de la década del 40 se retiraron de la firma. Luego se incorporaron dos primos de los Viscardis, Juan Nin y Luis Bonessi, y, más tarde, lo hicieron Honorio Benito y Antonio Beneitez. Mientras que Juan y Desiderio Etchevers Harriet se sumaron como socios a principios de 1950.

Lo que este grupo de hombres, socios fundadores de Maracó, había logrado era una sinergia totalmente necesaria para que la siembra y la cosecha en La Pampa de entonces fuera digna de progreso y que la semilla empezara al fin a caer en buena tierra.



Asado en la estancia. A la derecha, Luis Bonessi, Joaquín Vidal y Juan Nin. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

“Pochoco era el socio que más tenía (dentro de la empresa) y viajaban a Estados Unidos, estaban al tanto de todas las innovaciones que había. Trajeron semillas propias que sembraron en su campo de González Moreno y luego se divulgaron” comenta Joaquín.

Él habla de su gran amigo y socio Desiderio ‘Pochoco’ Etchevers Harriet como si lo hubiese dejado de ver hace una semana. Juntos hacían un complemento perfecto en cuanto a ideas, fraternidad y gestión. ‘Pochoco’ era el hermano de Juan E. H., yerno de don José.



Equipo pulverizador en momento de prueba. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

Joaquín mira algunas fotos y relata lo acontecido:

Este es un equipo para fumigar que hice para aplicar herbicidas. En parte copiado y en parte inventado, yo hice el acoplado en el que van los tanques con agua arriba y el equipo pulverizador que iba echando el herbicida o insecticida. Esto se probaba en campos de algunos clientes, y luego el equipo se vendía.

No deja de ponderar el gran trabajo de una institución: el INTA de Anguil, que, en ese momento, además de ser una entidad de investigación, realizaba experiencias a campo. Actualmente se llama Estación Experimental Agropecuaria Anguil “Ing. Agr. Guillermo Covas”, en homenaje a aquel amigo de Joaquín, a quien él considera un maestro por su gran conocimiento y bonhomía.

En otra de las fotos, Joaquín mira una maquinaria en el campo llevada por un tractor. “Y el equipo de Anguil, donde estaba el ingeniero Covas, aportaba ideas. Él fue el que vio el equipo, que le

encantó, entonces me reguló la cantidad de agua que había que poner en el pulverizador”.



Equipo fumigador en una prueba en el campo. Fondo fotográfico
Familia Vidal, s/d.

Un buen administrador

En una de tantas anécdotas que Joaquín cuenta sobre su juventud, está la de las compras que hizo mientras hacía el Servicio Militar en la Marina, en Vigo, Galicia. Él relata que un día le otorgaron el galón de Cabo, por lo cual debía reemplazar al cabo Furriel que estaba enfermo, y entre las tareas, debía ir a comprar la mercadería para hacer la comida para el Regimiento. Para esto, su superior le había dado muchas pesetas. Una vez en el mercado general, notó que de algunos puestos lo llamaban queriendo convencerlo de que comprara ahí, porque ahí lo hacía el cabo anterior y ya le tenían las bolsas preparadas. Pero él, al mirar los productos

y el precio, no les compraba y seguía mirando otros puestos hasta dar con aquellos que sí le convenían y terminó gastando mucho menos de lo esperado. Volvió con la mercadería fresca y el vuelto, cosa que, para bien, notó su regente y se lo hizo saber al comentarle que iba a echar al cabo anterior, que venía gastando de más. Joaquín, con humildad, respondió que no lo hiciera, porque el cabo Ferreira tenía familia, mientras que él estaba soltero. Relata Joaquín:

Le dije al sargento: ‘No se olvide que el cabo tiene cuatro hijos, y el sueldo que recibe de acá, a veces no le llega. Si tiene que darle un castigo, dele un castigo, pero tenga consideración, no sea tan duro’. Entonces me respondió: ‘Ajá, ¿así que me vienes a aconsejar y a defender al que roba?’. Y yo le contesté: ‘No, él le está llevando la comida a su familia. Solamente le vengo a pedir que no sea tan duro’.

La anécdota tuvo un final feliz, ya que el sargento consideró el consejo de Joaquín y el cabo Furriel siguió en su cargo.

En cierta ocasión, un comandante párroco que apreciaba mucho a Joaquín lo invitó a que lo ayudara en la misa del domingo en Vigo, Joaquín accedió sin problema y le deslizó: “Pero tenga en cuenta que tengo que pagar el boleto”. El superior no sabía a qué boleto se refería, entonces Joaquín le informó que todos los marinos que hacían el servicio debían pagar el pasaje hacia Vigo, pero no quienes hacían la comandancia. Ante este planteo, el párroco se sorprendió y al día siguiente habló con la gerencia de las empresas de barcos. A partir de ese momento las personas que hacían el servicio militar no pagaron el ferry de Cangas a Vigo. Esta acción no solo benefició a todos los que estaban en Cangas, sino también a los que se encontraban en Bueu, Moaña, Marín y Pontevedra. Fue un derecho ganado:

En mi casa la honradez estaba por encima de todo. Yo lo que cobraba se lo daba a mi madre, el sobre entero, y mi madre sacaba algo y el resto me lo daba. Yo nunca me aproveché de nadie. Doy gracias a Dios, reproches tengo que hacerme, porque soy humano, pero daño que haya hecho a propósito o que haya sembrado odio o rencor, no. (Joaquín, 2023)

“Lo que se aprendió en la infancia nos dura toda la vida” dijera el poeta Francisco Luis Bernardez. Y son palabras que se cumplen en la vida de Joaquín. De estas pruebas por las que pasó, las que relata y tantas otras, salió honrado, sin ambición ni gloria y le permitieron, en adelante, lograr una mayor administración.

El nuevo suelo: Industrias Maracó

Hubo personas que recordaron ver pasar a Joaquín por la calle 17 día tras día, siempre con las mismas alpargatas. En su primer tiempo en General Pico, él se hospedaba en el Hotel Comercio, de la calle 19 esquina 20, casi frente a la estación y caminaba las cinco cuadras que lo separaban de la fundidora de Viscardis, puntual y lleno de ideas para implementar.

Podemos imaginar a la ciudad en los 50, calles de tierra, las fachadas altas de las casas del centro, sillas afuera de los bares y Joaquín, en sus 25 años, pasaba ida y vuelta al trabajo. No faltaba el que comentara que era muy rubio para ser gallego, aquella muchacha que quisiera encontrarlo en la misa o el que le criticara la pilcha. Inmutable él tenía un rumbo certero en esta tierra distinta, rumbo heredado quizás de su padre o de su abuelo capitanes de barco, ya sabía qué costas eran las mejores y hacia ellas iba.

Caminaba con nostalgia, mientras pensaba en su familia, en las próximas palabras que imprimiría en el papel de carta; y en su querida Isabel, quien estaba aún en Cangas, sin saber cuál sería su futuro. Extrañarían ambos aquellas charlas mantenidas los

jueves y los sábados, anhelarían que las mismas olas bañaran sus pies una vez más. Habían pasado ya casi tres años a tanta distancia y seguían sin verse.



Isabel en el mar de Cangas antes de su viaje a la Argentina.
Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

“Nos escribíamos cartas, ¿pero sabes cuánto tardaba una carta en llegar?”, Isabel rememora aquel tiempo lejano sabiendo que todo fue para bien.

Desde su sillón, Joaquín interviene:

Yo venía de Massó Hnos. que era una fábrica de conservas, donde trabajaban más de 300 mujeres en el enlatado de pescado, además tenía barcos y talleres. Pero era una fábrica modelo que había recibido premios, ¿por qué? Porque tenía colegio

para hijos de los empleados, tenía coro, tenía cine... infinidad de beneficios, le vendían a los empleados el pescado prácticamente regalado, yo tengo una nostalgia todavía... entré a los 17 años y salí a los 21.

Joaquín es quien puso en relación las dos fábricas donde trabajó: Massó y Maracó. Y cuando trazamos el paralelo entre las dos industrias aparece la evidencia de que logró implementar en Maracó lo que vio como obrero en Massó. Aquella fábrica de conservas sirvió como paradigma de otra, una empresa integral y reconocida como llegó a ser Industrias Maracó en La Pampa. "Dicen que la nombraron así para usar la misma lengua de la gente que vivía acá antes (los ranqueles), Mara-có significa aguada de las liebres en el idioma de ellos", recuerda Joaquín. La Herrería Viscardis se había rebautizado con esta voz autóctona poco tiempo antes de que Joaquín llegara.

Más allá de sus deseos de desarrollo, quizás podamos encontrar algo más intrínseco a él, arraigado en su infancia, en su visión de la vida, lo que le permitió implementar aquí, en esta industria local, todo su carácter innovador y su voluntad de cambio, de siembra para el futuro.

Joaquín tiene 96 años y sentada en el sillón de al lado, Isabel, 94. Ambos reconstruyen la historia de los tendales de las redes, vuelven ochenta años atrás y ven lo que vieron allá en Cangas, quizás hasta escuchan las voces de sus padres en los barcos. Cuentan que eran enormes tendales en la playa donde las redes, fatigadas tras largas jornadas de pesca, se ponían a secar al sol. En las buenas ocasiones se podían romper por el peso de los peces, pero muchas otras veces se rompían por las piedras, porque quedaban atascadas o por el uso y desgaste de todas las cosas.



Foto antigua de Cangas, donde una tejedora repara la red de pesca.
 Álbum Festas do Cristo, Colectivo "Arte Visual", 1995.

Una vez extendidas, podían tener más de cien metros y las tejedoras venían a repararlas. Allí donde los hilos se habían destrenzado, una mano las arreglaba; por lo general, eran mujeres las encargadas de esta labor. La pesca siguiente dependía del cuidado de la red, recurso indispensable, por ello, se la debía cuidar, mantener, restaurar.

Cuidar las redes

Cuando se le pregunta a Isabel qué sintió aquella primera vez que pisó esta provincia, ella no tarda en responder con una imagen cargada de sentido: "Yo miraba los campos, así alrededor, y pensaba: 'esto es un océano de tierra'". Hasta aquí vino con toda su decisión de juventud aventurera y aunque viviera rodeada de tierra y viento sería madre y esposa como se lo había prometido a Joaquín. Juntos mantuvieron unidos los hilos de la red.



Arriba: Artes de pesca. ca. 1950.

Abajo: Vendedoras de peixe. Copia
Pachecho. Anos veinte.

Sendón M., Suárez Canal, X. L. (2000).
Arquivo José M.º Massó. Centro de
Estudos Fotográficos, Vigo, España.

Desde la llegada de Isabel, vivieron en una casa alquilada a un señor italiano, en la calle 8 entre 13 y 15, donde nacieron sus hijas.



Isabel con dos de sus hijas en un campo de la zona. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

Ella debió adaptarse a este suelo, como también al oficio de su marido, quien, en principio, fue anfitrión de la europea recién llegada, tras un largo noviazgo a distancia, pero más tarde no pudo descuidar sus labores en la fábrica y en el campo. Y, prontamente debió asumir un nuevo rol, el de papá.

La primera de las niñas fue 'Mariquela' quien, ni bien aprendió a caminar, según cuentan, se iba a la casa de todos los vecinos. Isabel relata que su hija pequeña era muy inquieta, hasta un día se subió al molino que tenían en el patio: "Yo traté de no asustarme y

la llamé tranquila para que bajara sin caerse”. Joaquín no tarda en recordar una anécdota de aquel primer tiempo de padre:

Nosotros teníamos gallinas y entre todas había una pigmea que tenía un nido aparte y todos los días Mariquela iba a buscar el huevito. Un día yo vine del campo y había traído un huevo de avestruz y se me ocurrió ponerlo en el nido de la pigmea. Entonces la llamé a Isabel y la llamé a ella para que fuera a buscar el huevito, tú no sabes el grito que pegó... Nunca me voy a olvidar los ojos de esa nenita, miraba la gallina y miraba el huevo (risas). (Joaquín, 2023)

La familia creció en esa misma casa del Barrio Talleres: después de la primera niña, llegarían otras tres; asunto que obligaba a pensar en nuevas posibilidades de vivienda. Incansable diseñador, el padre de esta historia bocetó una casa a su gusto y logró comprar un terreno muy cercano a la fábrica. Aproximadamente diez años después de la llegada de Isabel a Pico, los seis estrenaron su casa de la calle 14, donde Joaquín e Isabel viven hasta la actualidad.

Eran muchas las familias que dependían de la empresa, algunos obreros venían de otros pueblos y alojaban a su familia donde podían, y no siempre en las mejores condiciones. A Joaquín el tema lo ocupaba, tal es así que se le ocurrió, quizás basado en su experiencia, brindarles posibilidades a los empleados que quisieran construir su casa y ofrecerles desde la empresa salir de garantía en la compra de terrenos, así como poner a disposición una hormigonera para aquellos que quisieran fabricar sus propios ladrillos.

Más adelante crearía un área social, para emprender una tarea integral que uniera a las familias de todos los empleados de Maracó, como una gran red de contención y de oportunidades. Se les daría clases a quienes no hubiesen podido ir a la escuela, apoyo escolar a los hijos y diversos cursos a las mujeres. Además,

había que enseñar temas de interés como salud, psicología y, por qué no, algunas manualidades. Isabel, gran costurera, también se involucró en la tarea y daba clases de confección, aunque no le gustaba exponerse demasiado.



Joaquín tenía la costumbre de fotografiar su casa, su auto y sus hijas.
Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

A su vez, se incorporó un médico, el doctor Caponi, a quien se le hizo un consultorio dentro de la fábrica para que los empleados contaran con atención si tenían algún problema de salud. También se convocó a una maestra que daba clases particulares para los hijos de empleados que tenían problemas en el colegio. Al mismo tiempo, se armó una biblioteca y, a través de la asistente social Edith Morini, se les facilitaban los manuales y los guardapolvos a los chicos cada año.

En la fábrica llegó a funcionar una dependencia del Colegio de Adultos, donde se ofrecía la posibilidad a los empleados de finalizar la escuela y obtener su certificado de estudios.

Las redes, la familia, juntarse alrededor de una mesa, sentarse al lado sin jerarquías era una práctica dentro de Industrias Maracó, era lo que Joaquín quiso. Al revisar sus fotos familiares, es frecuente encontrar aquellas de los asados, eventos de fin de año y diversas fiestas donde estaban todos, dueños y empleados, sus esposas e hijos compartiendo el momento. No debía ser de otra manera.



Empleados de Maracó en una celebración de la empresa. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.



Celebración en el galpón de la fábrica. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

Las fiestas de fin de año y las celebraciones eran tan concurridas que llegaron a cortar la calle 17. Eran verdaderos acontecimientos sociales que unían a todos los actores implicados en la empresa, del más chico al más grande. Se organizaban con tiempo e implicaban a numerosos comercios locales que colaboraban y se sumaban a los eventos.



Empleados de la fábrica en una fiesta organizada por la empresa.
Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.



José Viscardis, socio fundador de la empresa, en su oficina de la calle
17. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

Don José Viscardis, como socio mayoritario, quedó en la parte directiva y en cuanto al nuevo ímpetu que había tomado la empresa no ponía objeciones. Le llevaba varios años a Joaquín y quizás vio en él el hijo varón que no tuvo. José estaba casado con Amelia y tenía cuatro hijas mujeres: Dheli Amelia, conocida como 'Popo', Lilian, Zulema y Marta. Popo fue la esposa de Juan Etchevers Harriet.

Las ocurrencias del destino que tanto aparecen en este relato no son parte de ninguna ficción, pues Joaquín e Isabel fueron padres también de cuatro mujeres, como se menciona anteriormente: la primera fue María Angélica, a quien, por ser muy largo el nombre, la llamaron 'Mariquela'; luego nació María Elena, y después llegarían Laura y Verónica. Joaquín bromea sobre esto y, como si hubiese sido su decisión, dice que no tuvo hijos varones para no tener competencia.

La hija más chica del socio fundador, Marta Viscardis, se casó con 'Polo' Monteagudo, y, casi en simultáneo, por cada hija mujer que nacía en la familia Vidal, nacía un hijo varón de la familia Monteagudo. De manera que la sociedad se entrelazaba mucho más allá del trabajo y los oficios de la empresa. Se fueron entramando paulatinamente amistades y parentescos, fábrica y familia. General Pico es una ciudad chica, aún más en aquellos años, y parecía que todo quedaba en una gran familia, una gran red.

La cocina hogar del Correccional

En el living de Joaquín e Isabel hay un *bahiut* bastante antiguo donde reposan adornos y portarretratos. Se destaca por su tamaño una escultura de madera, es una pipa gigante, tallada a mano que les obsequiaron en agradecimiento. "El alcaide me vino a ver porque tenía una cocina de hierro destartada toda, para ver si acá se la podíamos arreglar, me dijo que era para el correccional

abierto". En ese momento, él no sabía de qué se trataba ese lugar, entonces el uniformado le explicó que era una institución donde los presos que tenían buena conducta pasaban el último periodo de su condena. Corría la década del 60 y se probaban nuevas instituciones para descongestionar otras unidades penitenciarias de la capital. Joaquín le hizo una contrapropuesta: "¿Por qué en lugar de traer la cocina para que nosotros la reparemos, no mandan a los presos y la aprenden a hacer acá?".

Esta idea no era un simple contrato de palabra, no obstante, tras algunas gestiones, se logró que algunos internos de dicho instituto comenzaran a trabajar en la fábrica. Fue el inicio de un proyecto socio-comunitario inédito. "Pero, les dije...", aclara Joaquín, "acá van a venir sin custodia de policías. A la fábrica, policías no". Con esa condición, los uniformados pusieron en duda el proyecto, aunque luego mandaron a un supervisor de Buenos Aires para que viniera a comprobar las condiciones de la fábrica, cómo se trabajaba y cómo se vivía aquí. "Hicieron un análisis, conocieron General Pico, que era una comunidad acogedora, entonces sí, estuvieron de acuerdo" remata Joaquín sobre lo sucedido.

Aquello que comenzó como algo pequeño, la fabricación de una cocina hogar, a medida que fue logrando resultados, derivó en una posibilidad de reinserción social y laboral de enorme valor para la institución carcelaria que empezaba a funcionar en General Pico. Numerosos artículos periodísticos se le dedicaron a aquel proyecto, incluso más tarde cuando estos nuevos obreros terminaban la condena, seguían trabajando para la empresa. "Esa pipa que tú ves ahí, me la regaló un preso" Joaquín no deja de contar esa anécdota si alguien nuevo llega a visitarlo. Es que uno de los internos que siguió trabajando en Maracó luego de su condena, estaba tan agradecido por la experiencia, que quiso obsequiarle al gerente de la fábrica algo hecho por sus propias manos.



Recorte de artículo de revista. Archivo Histórico Museo Regional Maracó.

El esplendor

“Teníamos representantes en Córdoba, Bahía Blanca y Buenos Aires y teníamos un camión que llevaba la mercadería”.

(Joaquín, 2023).

En Galicia las tradiciones se respetan y lejos de ir menguando, parece que cobran vivacidad con el correr del tiempo. Las fiestas

del Cristo, por ejemplo, duran una semana y se hacen procesiones en las calles adornadas de colores.

Como obras de arte efímeras, las calles por donde pasará la procesión amanecen alfombradas de flores, de pétalos y de hojas. Son obras colectivas donde cada ciudadano aporta las flores de su jardín o pequeños frutos. Los pétalos no se barren, se aúnan en maravillosos arabescos en el suelo, formando caminos, bellos exponentes de la naturaleza mientras dure su color.



Alfombra de flores naturales en calle de Cangas antes de la procesión pascual. Manuela Vassolo Vidal, 2023.

Entre los años 60 y 70 Maracó fue una industria floreciente, su prosperidad, su entramado de trabajo, el esfuerzo de toda la línea productiva, la comunidad generada entre directivos y empleados lograban que su esplendor avanzara más allá de los límites provinciales. Venían técnicos de Alemania y Estados Unidos, gente

de negocios de diversos países, presidentes de la República con sus primeras damas a conocer por dentro esta fábrica piquense. Delegaciones de carreras técnicas, estudiantes de ingeniería, así como sus profesores llegaban para observar el trabajo en los talleres y a entrevistarse con los ingeniosos representantes de la industria del agro piquense.

Maracó logró posicionarse en el mercado regional, ya que no había campo de la zona donde no hubiera alguna herramienta representativa. Llegó a ser una marca nacional, que participaba cada año en la Exposición Rural de Palermo y empezaba a exportar a países de Latinoamérica y Europa.



Esta foto aparecía en un periódico local, en una noticia que mencionaba la exportación de diez equipos pulverizadores a Paraguay. Archivo Histórico del Museo Regional Maracó, s/d.

En su estructura física pasó de ser un galpón, cuyo frente daba a la calle 14, a un edificio de dos plantas que ocupaba más de un cuarto de manzana, y la moderna fachada de cemento y metal quedó sobre la calle 17. Era punto de encuentro de gente del agro e instituciones educativas de todos los niveles que venían a conocerla, incluso ya tenían un circuito guiado para hacer más simple y pedagógico el recorrido.



La nueva fachada de Industrias Maracó sobre la calle 17. Museo Regional Maracó, s/d.

La rutina de Joaquín consistía en desayunar en su casa, que había construido a pocos metros de la empresa, cruzaba la calle 17, hacía media cuadra y ya estaba en su oficina. En una entrevista que le realizaron a Joaquín cuando tenía 80 años¹, momento en

1 Ver Anexo 2: Testimonio del Sr. Joaquín Vidal, Museo Regional Maracó.

que donó fotografías al Museo Regional Maracó, le preguntaron cuántas horas trabajaba, a lo que él respondió:

Como yo era socio y además director de fábrica, no tenía mucho límite. Sí, se trabajaba 10 o 12 horas, lo que fuese. Viajaba mucho, a veces hasta disponíamos de los aviones que tenían los Etchevers Harriet en los campos, así que el trajinar nuestro era largo. (Joaquín, 2012)

La administración estaba en la planta baja, su oficina estaba arriba junto al área de asistencia social y la cocina, donde se preparaba el desayuno para el área directiva, pero Joaquín se resistía a que desayunaran allí, mientras todos los empleados trabajaban.



A la derecha del mostrador: José Viscardis, Joaquín Vidal y Juan Nin.
Archivo Histórico del Museo Regional Maracó, s/d.

Un ambiente de prosperidad, de amigos y compañeros de trabajo, eso era la fábrica. Tenían todo lo que necesitaban y un poco más, en una ciudad que se enorgullecía de tal emprendimiento. Sus propias hijas se integraban a las actividades sociales que la empresa proponía para los hijos de los empleados: colonia de vacaciones, viajes y campamentos.

Empleados que pasaron por allí aún cuentan que llegaron a ir a trabajar los domingos, pero con gusto, por el afecto, el compromiso y porque merecía la pena hacerlo. En este sentido, aparece la cuestión de lo que pasaba con los gremios, sobre todo el metalúrgico. Joaquín tiene una respuesta formada sobre la UOM (Unión Obrera Metalúrgica): “era bastante brava, pero con nosotros sabía que no podía acusarnos de nada”.

Tuve una vez un delegado (gremial) que nombraron, que era la persona menos indicada y cualquier cosita ya estaba ahí. No miraba en sí a la empresa, él quería destacarse. (...) Lo peor que defendía a muchachos que eran faltadores en sí, los justificaba. Él decía que había que defender fuese como fuese al empleado y nada más, no le importaba que nosotros teníamos médico en la empresa, teníamos asistente social, el club de madres y otras tantas cosas para ofrecer. (Joaquín, 2021)

Algunos obreros se convirtieron en artesanos en su forma de trabajar, construían las matrices sobre cajones de arena donde luego se volcaba el metal fundido y de allí salían las piezas para preparar y pulir hasta su ensamble.

La Maracó, como popularmente le decían, era una gran fuente de trabajo, donde se pedían requisitos mínimos. Al preguntarle a Joaquín sobre la selección del personal, dice que para entrar a la empresa “el conocimiento que se exigía era el comportamiento. Después se iba adaptando”. Esto da cuenta de que, como directivos, les importaba más el andar personal y los valores de los

empleados que los conocimientos técnicos que tuvieran, de todos modos, con la observación y la práctica allí iban a aprender.



Obreros trabajando en el sector de fundición de la antigua fábrica.
 Archivo Histórico del Museo Regional Maracó, s/d.

En una ocasión, Joaquín concurrió a la empresa un domingo y llevó a sus dos hijas menores que quisieron acompañarlo. Resulta que mientras él se abocaba a una tarea administrativa en la oficina, a las nenas, Laura y Verónica, les pareció algo muy divertido saltar en cada cajita de arena que formaban hileras en el piso del galpón de la fundición, hasta que su papá las llamó para irse y terminó allí la visita. Al día siguiente algunos obreros alertaron a Joaquín sobre lo que había pasado, no se explicaban por qué ocurriría ese barrido en las matrices de las piezas, él se agarró la cabeza, sus hijas habían elegido el lugar equivocado para jugar. Eso no quedó allí, este papá que intentaba ser justo debía aleccionarlas. Entonces habló con sus hijas, les explicó lo que habían hecho y

les dijo que tendrían que ir a pedir perdón y a pagar el daño que habían ocasionado a la empresa con sus ahorros. Laura y Verónica, que tenían ocho y seis años, nunca olvidaron aquel momento en que tuvieron que ir a pedirles perdón a los socios y, luego, el gran esfuerzo que significó ganarse de nuevo la confianza de su padre.

En cuanto a los inventos patentados, tras el del arado rastra a discos, inventaron “el pie de pato”, que consistía en una reja en v que se metía bajo la superficie de la tierra y apenas la daba vuelta para que no provocara erosión eólica.



Pie de pato, otro invento patentado por Maracó. Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

Estas dos patentes eran inventos mecánicos, que apuntaban a modificar el suelo, fueron intervenciones ecológicas. Se puede

decir que eran herramientas para transformar la superficie, tornar los suelos semi-áridos en fértiles (Martocci, 2021).

Maracó también cumplió un rol educativo y de conciencia hacia los potenciales clientes al promover sus lemas, que se repetían entre los allegados y se usaban como publicidad gráfica: “Trabajar bien la tierra no sólo es un buen negocio, es un deber social!”



Exhibición de maquinarias, cartel con uno de los lemas de la empresa.
Fondo fotográfico Familia Vidal, s/d.

Además de optimizar el trabajo y el costo de los chacareros, todos estos implementos intentaban conducir a cambios ecológicos y productivos, pensando en las nuevas generaciones. Se conocieron como implementos de mínima labranza, una antecesora de la siembra directa.



Exposición Rural de Palermo, Buenos Aires. Archivo Histórico del Museo Regional Maracó, s/d.



Envío de herramientas de Maracó a la Feria Internacional del Campo de Madrid, 1970. Archivo Histórico del Museo Regional Maracó, s/d.

Ya iniciada la década del 70, Maracó contaba con oficinas en Buenos Aires, ubicadas en el 4° piso del Edificio Bencich, en Diagonal Norte y Florida. Joaquín viajaba de tres a cinco veces por mes, por lo general, iba a buscar materia prima que compraba para la fábrica. A veces viajaba con Isabel y con una de sus hijas, a quien llevaban al médico.

Los ruidos que provocaba la fábrica ubicada a escasas cuadras del centro piquense llevaron primero a quejas puntuales y después a un reclamo de los vecinos de enfrente y alrededores, que alertaban a la junta de socios sobre algunas medidas a tomar.

Habían empezado a producir implementos agrícolas en cantidad y variedad: el arado de rastra ya contaba con diferentes versiones, se fabricaban sembradoras, fumigadores y todo tipo de herramientas para trabajar en el campo. Era tal la demanda, que en ocasiones se llegaba a último momento a cumplir con los pedidos, cuentan algunos vecinos que vieron pintar las herramientas agrícolas sobre la calle 14, entre 15 y 17, y desde ahí eran llevadas goteando pintura hacia el lugar de destino.

La visita de Arturo Illia

Industrias Maracó recibió visitas de importancia, desde presidentes, gobernadores, embajadores hasta ingenieros y técnicos de otros países. Durante su presidencia (1963-1966), Arturo Illia puso en agenda conocer esta fábrica del interior del país.

Joaquín era muy buen anfitrión y a todos los recién llegados les mostraba la empresa, la ciudad y si tenían algún pedido de visita en particular, él se encargaba de organizarlo. Muchas veces los invitaba a almorzar a su casa, cosa que ponía en aprietos a Isabel, ya que, si bien a veces tenía empleadas para tareas domésticas, ella no cedía en la cocina, por lo que trabajaba a contratiempo para organizar y preparar una buena comida, aunque sabía de

antemano que uno de los menús que no fallaría era la empanada gallega.

Una de las visitas que recuerdan con mucha nostalgia fue la del presidente Arturo Illia. La mujer, que era maestra, por algún motivo llegó dos días antes a General Pico. Joaquín se encargó de ir a buscarla a Santa Rosa donde arribó en avión y, tras la solicitud de la primera dama, la llevó a visitar las diferentes escuelas de la ciudad. “Ella quedó muy bien impresionada” aprecia.

Luego, cuando llegó Illia, se realizó una visita formal a la fábrica para conocer la historia: “Y yo le dije: ‘Mire doctor, acá somos todos una familia, acá trabajan los presos, nosotros tenemos asistente social y conocemos a las familias de los empleados’”, cuenta Joaquín.

Más allá de lo protocolar, el entonces presidente se mostró muy interesado en la vida de Joaquín, tal es así que Joaquín le comentó que su hija María Elena se había quedado llorando porque tenía mucha ilusión de conocerlo, pero no había podido ir a verlo porque estaba en la cama con fiebre, producida por sarampión, y por recomendación médica no podía salir. El doctor Illia, que a su vez era médico, le preguntó en susurro a Joaquín si su casa estaba muy lejos, con la intención de ir a visitarla, pero el secretario de gobierno que le seguía los pasos escuchó y le advirtió: “Doctor, en Santa Rosa tenemos una reunión, en el avión lo están esperando”. Así que Joaquín le respondió que no se preocupara, que le iba a dar un beso a su hija de parte del presidente.

La mudanza al Parque Industrial

Hay registros de un documento de 1974 que avala la cesión de terrenos para formar un parque industrial en General Pico, es una nota certificada de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas. La misma confirma el hecho de que desde la

empresa habían intentado un largo recorrido de gestiones para conseguir los terrenos y trasladarse, algo necesario debido a las quejas recibidas por los ruidos molestos en la zona céntrica. Sumado a que también la fábrica requería nuevas dimensiones por el crecimiento de la producción y la cantidad de empleados.

Tras una enorme inversión, la nueva fábrica se emplazó en la zona de General Pico llamada Parque Industrial, llegando a los 80, con una arquitectura fabril que, según se cuenta, inspiró el propio escudo de la ciudad. El nuevo sitio implicaba un nuevo movimiento, eran alrededor de 400 obreros que ingresaban cada día y que debían readaptarse al nuevo lugar de trabajo y a una estructura interna diferente.

Se trató de un complejo proceso de relocalización que detalladamente se relata en la tesis de la Dra. Silvia Cantera, de la que extraemos a penas el siguiente párrafo:

La nueva planta se realizó bajo los términos de la Ley n° 20560 y con apoyo crediticio del Banco Nacional de Desarrollo. También colaboraron el Gobierno provincial, el Municipio y diferentes instituciones del medio para concretar la obra. Su planificación contemplaba: una estructura edilicia significativamente más amplia –de 14.000 m² cubiertos–, una localización alejada del centro urbano, la incorporación de un nuevo equipamiento semi-automatizado, una mayor ingeniería de procesos y una reorganización de los puestos de trabajo. Para emprender el diseño de la nueva unidad se convocó al ingeniero Carlos D'Amico, quien juntamente con el ingeniero Omar Delteto y el contador Eduardo Fraire. (Cantera, 2017)

Coincidentemente con el nuevo espacio, a principios de los '80, se empezaron a acercar caras nuevas al directorio de la empresa que comenzaba su aventura en el Parque Industrial. Herederos de algunos socios mayoritarios venían con títulos y ambiciones de profesionalización y cambio a una empresa que, si

bien había dado lo mejor de sí, estaba empleando tecnologías ya consideradas viejas, como si toda aquella lista de inventos de vanguardia hubiera cumplido y finalizado su ciclo.

Para entonces, Joaquín había invertido casi treinta años de su vida, aunque no tenía edad ni intenciones de jubilarse. Pero, tal vez, el desafío de una nueva realidad era muy avasallante para la familiaridad en el trabajo a la que estaba acostumbrado. Él se resiste a hablar de eso, dice “ya pasó”, pero la angustia se le nota en el tono de voz y cambia de tema.

En una entrevista, del 2012, registrada en el archivo del Museo Regional Maracó, él dijo:

La fábrica se cierra por el motivo de que se hizo la fábrica nueva, buscaba ser una inversión, después vinieron los gobiernos militares y con ellos el Dr. Martínez de Hoz, donde elevó los intereses de los créditos que se tenían en el banco. Por otro lado, eran también años críticos, poca lluvia para el campo... esos fueron los motivos principales por los que la fábrica tuvo que venderse o traspasarse². (Joaquín, 2012)

Muy atrás y descolorida quedó esa frase pintada en su vieja oficina: “Vive hijo como si fueras a morir mañana, pero trabaja la tierra como si fueras a vivir eternamente”, una paráfrasis de un lema atribuido a Mahatma Ghandi que él había elegido para concientizar. En la nueva estructura, el compromiso de cuidar la tierra se desvanecía: casi como una ironía, se erosionaba.

En su tesis, Silvia Cantera desarrolla que entre 1981 y 1987, Maracó sufrió grandes cambios en la gestión. Es interesante y hasta conmovedor imaginar a aquellos trabajadores sin título, pero conocedores incuestionables de la tarea, colaborando y dejándoles el lugar a los más jóvenes ya recibidos:

2 Ver Anexo: Entrevista realizada a Joaquín Vidal Abal, 2012, archivo del Museo Regional Maracó.

En paralelo a los trabajos de construcción de las instalaciones se planteó la idea de organizar un equipo, con egresados de la Escuela Técnica de la Localidad y con estudiantes de la Facultad de Ingeniería, para conformar una oficina técnica abocada a la tarea de recuperar los saberes experienciales del personal de la planta, que en ese momento llegaba a doscientos cincuenta trabajadores. Así, se comenzó con una codificación y estandarización de las distintas piezas e insumos, como parte de la adopción de una ingeniería de proceso. En esa instancia, existió una significativa colaboración del personal que tenía mucha antigüedad en la empresa y había desarrollado amplios conocimientos y habilidades prácticas.



Página de folleto propio de la nueva fábrica. Archivo Histórico del Museo Regional Maracó.

Tristemente, el nuevo emplazamiento y la ostentosa arquitectura no se correlacionaban con la situación agropecuaria ni con el deprimido poder adquisitivo de los principales clientes, dado el fenómeno inflacionario del país en ese momento. El campo no estaba en condiciones de invertir en maquinaria agrícola tras la pérdida de cosechas por sequía, y a este factor se sumaba el hecho de que había empezado a ingresar al país competencia agroindustrial brasileña (Rougier, 2007).

Por diversos testimonios y por lo que trascendió en distintos medios fue que, a mediados de la década del 80, la junta directiva se modificó. La situación era insostenible debido a créditos que no se podían devolver y la producción no era tan redituable como se habría previsto. Entre 1986 y 1987, la fábrica se vendió a una sociedad anónima y, más adelante, los dueños externos presentaron quiebra y despidieron a todo el personal.



Logo inicial de Industrias Maracó elaborado por Herminio Viscardis.
Puerta de cocina a leña de hierro. Objetos expuestos en el Museo
Regional Maracó. Yamila Juan, 2023.

Lo poco que quedó, materialmente hablando, de Industrias Maracó cuelga de las vigas de la antigua fábrica, actuales instalaciones del museo que lleva su nombre. Unos rudimentarios implementos agrícolas y una tapa de cocina a leña es lo que se expone actualmente en el museo de esquina 17 y 14, como si todo el desarrollo que significó la fábrica hubiese desaparecido para exponer a penas un *souvenir*.

El final menos esperado

El entusiasmo que vibraba en aquel grupo inicial de personas totalmente comprometidas con la causa se empezó a apagar cuando las nuevas generaciones, sobrinos y herederos de algunos socios, quisieron tomar el control. Y no porque fueran negativas sus ideas innovadoras para una fábrica, que ya era demasiado grande y conservadora, sino por el hecho de que se peleaban entre ellos, es lo que recuerda Joaquín.

Sin embargo, no fue esta situación lo determinante para un final inesperado. El cambio radical se dio cuando en 1986, por distintas y grandes deudas, los socios se vieron obligados a tomar una decisión inminente. Por entonces, un grupo empresario estaba comprando otras plantas agroindustriales y no vieron otra posibilidad más que venderles la fábrica. Se trató de la firma Koner Salgado, una sociedad fantasma que, como se descubrió más tarde, haría el mayor fraude al Estado de la historia.

El grupo Koner no tenía cara visible en Pico, quizás en ninguna parte, en poco tiempo se había hecho propietario de varias empresas del rubro agroindustrial y metalmecánico, lo que aparentemente le otorgaba flexibilidad en su forma de hacer operaciones. Al mismo tiempo que Maracó, adquirieron las fábricas de cosechadoras Vassalli, de tractores Zanello, y de maquinaria agrícola Migra (Rougier, 2007).

Los empleados continuaron luego del traspaso, sin saber a ciencia cierta qué iría a pasar. Los socios accionistas, que eran muchos, no tuvieron otra que quedarse con su parte y los recuerdos. Joaquín no sabe precisar el día en el que se fue de la fábrica y prefiere quedarse callado. Unos pocos empleados del área administrativa siguieron trabajando para la nueva firma, sin embargo, al ver el tipo de maniobras que estaban obligados a hacer, optaron por el “retiro voluntario”. Poco tiempo después, el personal de producción inició medidas de fuerza para reclamar el pago de sus salarios. La situación se complicó cada vez más, hasta que se llamó a concurso de acreedores y todos fueron despedidos.

A fines de los 80 comenzaron a salir a la luz algunas denuncias y pronto se conoció el *modus operandi* de esta sociedad, que quedó en el foco de la DGI por una estafa millonaria y que luego se conoció como “el caso más grande de evasión del fisco argentino”. (Scolpatti, 2010).

No sabemos qué pasó con Joaquín durante aquellos años, ese hogar al que había pertenecido no estaba más, aunque viviera físicamente a escasos metros de lo que fue la antigua fábrica. Tal vez eso le provocó un mayor dolor. Lo cierto es que permaneció en esta ciudad, en la misma casa, como un vecino más de aquel emplazamiento alrededor del cual giró por mucho tiempo la vida laboral y social de General Pico.

En la entrevista que le hicieron dos referentes de la Junta de Historia Regional a Joaquín, en 2017, le preguntaron cómo terminó su aventura en Industrias Maracó, a lo que él respondió:

Me quedé con algo de propiedad porque dinero no quise, yo me quedé con eso donde está el Museo, la Biblioteca, todo eso es mío. Me apoyaron los Etchevers, entonces me quedé con eso que en definitiva era parte de mi vida.

Ya no había ruidos molestos en el barrio. La ex Maracó dormía como un buque encallado en medio de la ciudad, cuyos pasajeros

no tenían razones para volver. Más adelante, el espacio físico sería alquilado a la Dirección de Cultura Municipal, que conservó su nombre, pero esa es otra historia.

Capítulo 3

Testimonios

En los siguientes testimonios orales registrados entre 2021 y 2023 aparece la expresión directa de personas vinculadas a la empresa y a la familia Vidal en conversaciones con una de las hijas de Joaquín e Isabel y la entrevistadora de este libro.

Edith Morini

Asistente social, que trabajó, aproximadamente, durante 15 años en Industrias Maracó.

“Ellos tenían en la fábrica a Luis María Suárez que era asistente social, él había sido profesor mío cuando nosotros estudiamos en el Instituto de Servicio Social que estaba en Pico. Cuando ellos lo convocan para que fuera jefe de personal, decidieron incorporar una asistente social para que tomara toda el área social.

Luis me habla, por supuesto que acepto, a mí me encantó la propuesta, pero, además de eso, el desafío, que Joaquín me comentó en la primera entrevista, era que yo iba a ser la primera mujer que la fábrica tomaba cuando tenía 200 empleados varones. En aquella época no era lo mismo que ahora.

Y me acuerdo que en la bienvenida, que fue donde estaba el reloj, Joaquín convocó a todo el personal y me presentó diciendo

que yo iba a ser la asistente social, cuál sería el fin de que estuviera ahí, etc., y me dieron una oficina en la planta alta con una escalera que comunicaba con la fábrica. Fue una experiencia maravillosa, con recuerdos muy profundos.



Edith Morini trabajando en su oficina, 1973. Museo Regional Maracó.

Los obreros salían de trabajar, se bañaban, comían algo, les dábamos la merienda e iban a terminar la escuela. Una prima mía que era maestra, Mirta, les daba las clases. Y teníamos un convenio con la Escuela de Adultos de la Escuela 57, el director era el Señor Festa. Y les daban el certificado de finalización.

Toda la planta alta, donde ahora funcionan los talleres del Centro Cultural Maracó, era un salón de clases, además tenía una habitación y una pequeña cocina para cuando venían 'Pochoco' o Juan (Etchevers H.) con sus esposas a Pico.



Edith Morini atendiendo a un
obrero de la fábrica 1973.
Museo Regional Maracó.

Los empleados se hacían la casa con la hormigonera que la fábrica les proveía. Maracó les salía de garantía para comprar ladrillos o les daba préstamos para que se pudieran terminar la casa.

A los hijos de los empleados la empresa les pagaba viajes a Chapadmalal y les compró buzos y gorras a cada uno. Treinta llevamos una vez, la provincia proveía el colectivo. Ofrecíamos colonia de vacaciones. Hicimos un viaje a Salinas Grandes a Lihuel Calel. Yo sola salía en la camioneta celeste que tenía Maracó a Santa Rosa, la Provincia me daba las carpas, y venía con todo para hacer los campamentos acá, contratábamos profesores de educación física, hacíamos fogones, asados, todos chicos que ahora deben tener 50 años.

La fábrica llegó a hacer un convenio con la Escuela Industrial, el director era Fraire, ellos mandaban a algunos chicos de los dos últimos años para hacer las prácticas en Maracó. Eran

prácticas que se pagaban muy bien, y algunos después del colegio seguían trabajando en Maracó.

También tenían un acuerdo con el Instituto Correccional Abierto, allí recibían a los internos mientras estaban en este lugar, luego algunos siguieron trabajando en la fábrica, formaron aquí su familia, y todavía a veces me encuentro con hijos o nietos de aquellas personas.

Teníamos equipo de fútbol propio. La fábrica tenía su equipo, se llamaba Maraquito. La empresa les compraba la camiseta a los jugadores, hicieron el banco y salíamos a distintos lugares a jugar, íbamos a las estancias, se les había adaptado un colectivo para los jugadores.

Habíamos creado el Club de Madres, trabajamos mucho en el aspecto de acompañar a las familias para que enviaran a sus hijos a la escuela y si tenían problemas de aprendizaje estábamos dispuestos a ayudar. Isabel les enseñaba a coser a las mujeres de los empleados. Traían ropa para arreglar, entre ellas se ayudaban. Tomaban mate, llevaban facturas. Invitábamos a profesionales que dieran charlas, médicos, psicólogas. Era un espacio recreativo, de aprendizaje y de valoración a las mujeres.

Hacían ferias de platos, participaban en las carrozas del carnaval, disfrazaban a sus chicos, pero llegaba un momento que yo no las podía parar.

La biblioteca fue un proyecto importante: antes de empezar las clases los chicos tenían su manual y su guardapolvo, que pedíamos a Buenos Aires. Yo iba por cada escuela para ver qué manual iban a pedir, eso más los libros de lectura. Después cada familia tenía que decirnos qué talles de guardapolvo necesitaría para sus hijos y se los conseguíamos. Yo no trabajaba

sentada en la oficina, yo salía, iba a las escuelas, a veces me convocaban si había ausentismo, iba a hablar con las madres si había algún problema.

El doctor Capponi tenía consultorio para atender a los empleados. Tenía hasta medicamentos. Concurría todos los días a la fábrica y a veces los iba a ver a la casa.

Además teníamos un grupo de folclore, la Academia de Folclore Maracó, y venían a tomar examen de la Escuela de Margarita Alcaín. Iban a los desfiles que se hacían en Pico con las otras escuelas de baile. Todavía tengo guardado un pañuelito blanco bordado que dice Maracó.

Después vinieron más chicas a trabajar, venían a hacer las pasantías del Instituto de Servicio Social y ahí sí nos habíamos dividido por áreas. Entonces unas tenían el grupo de obreros, otras me ayudaban con el Club de Madres, otras estaban con los niños.

Festejábamos los días del padre y de la madre. Para los días de la madre organizábamos una charla con una psicóloga que yo convocaba, y hacíamos debate. Para los días del padre por lo general se hacían campeonatos de truco. Y para las fiestas de fin de año, empezábamos un mes antes a organizar.

Venía gente de otros lados a conocer la fábrica. Me acuerdo el día antes que llegara Videla, llegaron todos los custodios. Revisaban los equipos y hasta las sillas. Nos hicieron preparar jugos, traían cajones de naranjas y pomelos para exprimir, Joaquín me mandó a Ilariuzzi a comprar un exprimidor y una vez que estaban todas las jarras con el jugo hecho, los custodios nos hicieron tomar un vaso a cada uno, por la desconfianza de que estuvieran envenenados, después lo sellaron y nadie

más entró a la cocina. A la gente que entraba a la fábrica la palpaban, fue todo demasiado controlado.

Un día llegó Alfonsín, allá cuando nos trasladamos a la fábrica nueva. Ya era presidente, en caravana llegó, me acuerdo que tenía un traje marrón. Nosotros lo mirábamos desde la planta alta de la fábrica y fue a recorrer la fundición.

Y después allá en el Parque Industrial ya no era lo mismo, no funcionaba lo mío. Venían los nuevos con unas actitudes totalmente distintas y era otra historia, no había más diálogo como antes, el acceso a los derechos dejó de ser importante.

Fue una experiencia maravillosa que viví con mucha intensidad junto a la gente de la fábrica. Joaquín era Joaquín para todos, no era el Señor Vidal, él jugó un rol preponderante en lo que hacía a la actividad social en la cual tuve muchísimo apoyo”.

Alejandro Monteagudo

Arquitecto, nieto de José Viscardis:

“En mi familia, por un lado, teníamos la fábrica de fideos Pampita y, por otro lado, el abuelo ‘Pepe’ (José Viscardis), que tenía la Maracó. Uno con los años tiene mucha nostalgia del Pico de aquella época, estaban Zampieri y Quaglini, Ascheri, Luna hermanos, un montón de fábricas.

Algunos de mis recuerdos tienen que ver con la escuela secundaria, donde cada año teníamos la llamada “Feria de Ciencias”, en la década del 70, y habíamos hecho trabajos que presentábamos a nivel local, provincial y nacional. Uno de nuestros temas tenía que ver con el polo industrial que había en General Pico. La parte administrativa (de la Provincia) estaba en Santa Rosa, y la industrial, en Pico.

Además en la Escuela Industrial teníamos que hacer prácticas en algún taller u oficina técnica. Y por el vínculo familiar, yo elegí Maracó. Ahí tuve dos periodos: primero fui a la parte de Herrería. Yo tendría 13 o 14 años, me daban tareas bastantes sencillas. Me acuerdo de un trabajo repetitivo con unos embudos de aluminio, pero me sirvió muchísimo para vincularme con toda la gente que estaba trabajando ahí con mucha experiencia.

Y también tuve otra etapa en la oficina técnica. Creo que ahí empezó mi vocación por el dibujo, por la gráfica. En la planta alta de Maracó estaban las oficinas técnicas donde uno hacía dibujos de despieces de máquinas, de herramientas y demás, donde también conocí a personas muy calificadas de quienes aprendí muchísimo. Ahí se empezó a despertar mi pasión por el dibujo y la observación de los objetos para tratar de graficarlos. Todos mis recuerdos tienen que ver con la Maracó de la 17, entre 12 y 14.

El abuelo siempre llegaba a casa, acompañado por Mario Bonessi, su primo y compañero permanente, era un momento corto pero feliz. El abuelo se sentaba a tomar un té o un café, mientras Mario nos hacía trucos o chistes, nosotros éramos niños. También compartíamos mucho con él en el verano, cuando nos instalábamos todo el mes en el campo de 'La Elisa'.

En referencia a las reformas que se hicieron sobre la estructura vieja de la fábrica, Joaquín estuvo vinculado con eso. Uno de los arquitectos era el socio de Eduardo Sacriste, que era un arquitecto muy reconocido. Lo que yo puedo observar sobre esa obra es que era un tipo de arquitectura muy moderna, distinta a lo que había en Pico en ese momento, aparecía la chapa, el hormigón, la entrada hacia el patio. Si bien era una intervención sobre un edificio viejo, uno puede reconocer elementos arquitectónicos modernos, como profesional uno empieza a redescubrir esa arquitectura: la ventana corrida, el volumen puro”.



Fachada de la fábrica luego de las reformas. Museo Regional Maracó, s/d.

Hugo Beinticinco

Extrabajador de Industrias Maracó:

“Me recibí de Perito Mercantil en el Colegio Comercial en el año 68. Trabajar en Maracó era tocar el cielo con las manos, el *sum-mum* de cualquier chico de 18 años que empezara a trabajar, increíble los sueldos, la calidad humana que había ahí adentro. Con el primer sueldo que me pagaron en Maracó, fui a Illariuzzi y me compré un tocadisco. El segundo sueldo, fui a la casa Ferrero y me compré un televisor.

Y Joaquín siempre arriba, el ingeniero sin título, pero con una capacidad de trabajo espectacular y un ejemplo para todos, el gallego, un líder nato, sin demasiada alharaca, decía las cosas de frente, para bien o para mal... Le gustaba contar: “esto es así, esto es asá”.

Él aglutinaba todo, era un tipo que estaba las 24 horas del día pensando en la fábrica, en innovar. Lo que ahora se conoce como siembra directa, Maracó lo hizo hace 50 años. Maracó tenía alrededor de 400 empleados, era una fábrica modelo, la más grande por lejos en La Pampa, vendía implementos agrícolas en todo el país e incluso en el extranjero. Tenía tres asistentes sociales. Joaquín tomó empleados del Correccional Abierto, era algo inédito.

“Cientos de médanos son monumentos para recordar los errores pasados”. “Si usted quiere merecer el respeto de sus hijos déjele un suelo fértil, no sus ruinas”. Eran sus eslóganes, eran ideas de él esas cosas. Él tenía certezas sobre todos los socios, Maracó era fiel a Joaquín. Juan E. H. y ‘Pochoco’ eran socios y amigos, ellos ofrecían la estancia “La Chita”, que era la tierra para probar los implementos agrícolas. A veces hacían las cosas a prueba y error.

Los camiones salían de la fábrica con las herramientas chorreando pintura. Era tal la demanda, que no había forma de hacer esperar a los compradores durante 60 días. Maracó era una familia, cualquier engranaje que fallara se notaba, un compromiso absoluto con la empresa de todas las partes, no existe más eso hoy en día.

Se hacían fiestas de fin de año, yo era el locutor, hacíamos sorteos. Las mesas ocupaban todo lo que ahora es “Pinturería Argentina”. Fiestas a todo trapo, con shows musicales.

En una fiesta en la Rural del día del metalúrgico, Joaquín estaba comiendo con los empleados. Les conocía los nombres de pila a los 400 empleados.



Fiesta de fin de año en la empresa. Museo Regional Maracó, s/d.

Cuando entré yo, tenía que hacer el archivo de la correspondencia. El que me enseñó a redactar fue Luis Suárez, el jefe de los asistentes sociales. Impresionante las cartas que yo hacía por día. Una época hermosa. Yo tenía 18 años y me compré un Fiat cero kilómetro. No sabía qué hacer con la plata.

El trabajo era tanto que a veces íbamos a trabajar el domingo a la mañana, pero con gusto, por cosa nuestra, nadie nos lo pedía.

A fin de año la empresa otorgaba premios. A cada sección: armado, tornería, fundición, herrería y administración. A los que habían sobresalido se les daba un premio, el equivalente aproximado a dos sueldos.

En tierras donde no llovía, si pasabas el arado quedaba un mé-dano. Entonces él inventó el pie de pato, era como un hierro que iba abajo, pero no rompía la tierra arriba.

También el distribuidor de cebo tóxico, que iba detrás del arado distribuyendo una melaza para matar hormigas. Después un fumigador terrestre, un aparato muy grande. La sembradora arado rastra con equipo de mínima labranza. Un arado con cajones que se ubicaba detrás de la rueda.

En esa época estaba: Industrias Maracó, Gherardi y Schiarre, por nombrar algunas. Un Pico que ya no existe.

Íbamos a buscar la plata al banco para pagarles a 400 empleados, veníamos en el jeep, la traíamos en unas bolsas negras y no pasaba nada.

Venían delegaciones de colegios de toda la provincia a conocer la fábrica y yo era el encargado de hacerles el recorrido por las dependencias, iba con un megáfono.

Maracó le daba trabajo a un porcentaje importante de la población piquense, otros empleos los daban empresas como Luna, Molino Fénix, el Ferrocarril, Belfiore, Tamagnone, la Cooperativa Agropecuaria, de todo eso no quedó nada. Hoy en día si viene alguna empresa grande a Picohh, puede dar algún puesto de trabajo, pero en Pico no queda nada de lo que recauda.

Un día Joaquín logró, junto con Pochoco, que viniera el embajador de Francia. Vino a conocer la fábrica y trajo unos quesos espectaculares, mirá vos lo que me acuerdo. Cuando yo tenía 20, él tenía 44.

El carácter de Joaquín era invención e inversión: la cantidad de plata que gastó Maracó para comprar un horno de ladrillos para que los empleados se pudieran hacer la casa... era interés por favorecer el acceso de todos a los beneficios.

Él no asumió lo importante que fue, movía a 400 personas. A 'Pochoco', un tipo fenomenal, lo convocaba el Ministro de Agricultura de la Nación. Joaquín andaba con camisa de grafa probando los arados, él iba al campo, no mandaba a alguien.

Joaquín era muy amigo de Zampieri, que había venido de Italia. Lo que había en ese tiempo era prosperidad, no se les ocurría a los empleados andar atrás de la plata, porque la fábrica proveía todas las necesidades, se les compraba botines dos veces por año.

Salían los empleados de Maracó y se juntaban con los empleados de Luna, a las seis de la tarde, se iban al centro a tomarse un Cinzano, al Bar Fernández, al Bar Suizo, empleados de fábrica con el mameluco puesto... ¿por qué lo hacían? Porque les sobraba. Era un espectáculo ver salir a la gente de la fábrica, en auto, en bicicleta... Eso ya no existe.

El declive vino, primero, por un crédito enorme que sacaron en el Banco Hipotecario, después 'Pochoco' tuvo un problema y se alejó.

A mí, seis años de Maracó me marcaron totalmente”.

Juan Carlos González

Exempleado contable de Industrias Maracó:

“Joaquín era el alma de Maracó. Yo creo que cuando se vendió Maracó, Joaquín salió sin mirar para atrás.

Yo estuve en Maracó cuando había un gran problema económico en el país, y para entender lo que pasó con Maracó, hay que ver también lo que pasó en ese contexto. Esto ya era cuando la fábrica se había trasladado al Parque Industrial. Acá Pico

tenía una vocación muy fuerte en lo que era la industria, tenía a Maracó, a Luna, a Ascheri, y había muchos talleres metalúrgicos funcionando alrededor de esas empresas.

Pico era la capital industrial. Había florecido a partir de la mentalidad de un grupo, había nacido de los sueños de mucha gente y de la oportunidad que brindaba una ley de promoción industrial, que promovía la instalación de parques industriales con beneficios para las empresas, entonces los empresarios se sentían atraídos y casi se podría decir que fueron estafados. Porque hicieron grandes inversiones, Maracó hizo una inversión impresionante para aquella época, para ir detrás de un sueño y luego vinieron y los despertaron. La realidad era otra.

Cuando sale la ley de promoción había apoyo de todos lados, pero luego, por la situación económica del país, la única forma de financiarse era a través de los bancos. Los bancos tenían la caja abierta y las empresas sacaban, hasta que un día cerraron el cajón y les dejaron las manos adentro.

A principios del 80 había una Ley Nacional (de promoción industrial) que otorgaba beneficios, a la que las provincias adherían. Entonces Maracó tenía exenciones en iva y ganancias, impuestos nacionales, y a su vez la provincia le había otorgado exenciones en ingresos brutos, que es un impuesto provincial. Es decir que tenían beneficios impositivos, pero una cosa era cuando ellos se embarcaron y otra después con el tsunami de la economía. (...) Era tremendo pagarles a los empleados y a los proveedores.

Y se produce en ese momento también un cambio generacional. Los hijos de Juan Etchevers y de otros socios llegaron a la empresa con las mejores intenciones y con una mentalidad innovadora desde el punto de vista de manejo empresario. Que tuvo mucha resistencia de parte de algunos socios, pero

también de parte de algunas estructuras que había dentro de la empresa.

Imaginate que un día cae alguien y te dice: *"Mirá, vos este trabajo lo tenés que hacer distinto"*. Ellos plantearon en esos momentos un cambio en el tipo de fundición que se hacía. Antes se hacía fundición de hierro gris que se hace en capas, y después como había una planta de fundición muy impresionante, pensaron que podían abastecer a la industria automotriz, siguiendo ese pensamiento de ampliar las posibilidades que ofrecía la fábrica. Entonces cambiaron a un sistema de fundición nodular, que ya no se hacía en placas y eso les permitía entrar a abastecer a la automotriz, hacían campanas de freno, placas de embrague, se transformaron en proveedores de autopartistas.

Esta gente nueva además hizo cambios en las estructuras de comercialización, trajo un gerente de comercialización que reemplazó al que estaba y propone de pronto trabajar con una agencia de publicidad, cambios que derribaban una estructura conservadora...

Lo que tratan también es de desarrollar implementos nuevos, con otras concepciones, Maracó tenía el arado rastra, famoso porque era conservacionista, pero necesitaba desarrollo. Entonces fabrican una sembradora de grano fino, un pulverizador que había tenido cierta aceptación, pero la situación económica se iba deteriorando. Las ventas a los concesionarios, cuando las analizabas no eran lo mismo que al inicio. Y cuando no se vendían autos, devolvían medio camión de mercadería.

La empresa estaba en una situación que cansaba a cualquiera, había que ser muy fuerte para seguir adelante. En ese contexto apareció un grupo empresario a comprar la empresa... Todos los accionistas se pusieron de acuerdo, y la vendieron. Debe

haber sido muy duro para cada uno de los socios, yo no sé, porque no estaba a ese nivel, pero me imagino.

Esta empresa compradora, el grupo Koner Salgado, era un grupo fantasma que hacía maniobras con las facturas, donde iban encadenando a distintas empresas, fue una estafa hacia el Estado. Este grupo, de esta forma compró Maracó, Zanello (fábrica de tractores) y compró Migra, que era una fábrica de implementos agrícolas de Rosario. Lo denominaron grupo metalmecánico.

Entonces, Maracó empieza a ser gestionada por los nuevos. Fue un cambio en el capital accionario y un cambio en el manejo, a los tipos no les importaba la empresa, les importaba el beneficio de la exención de impuestos. Los peores ejecutivos que podían tener los mandaron para acá. Luego me ofrecieron un retiro voluntario y me fui. Después ya vino el concurso, yo ya no estaba”.

César Massara

Exintegrante de la sociedad de Industrias Maracó, gerente administrativo:

“Yo entré a trabajar en el año 1955, cuando yo llegué ya estaba Joaquín, y recién se habían incorporado los hermanos Etchevers Harriet, que uno de ellos era yerno de don José Viscardis, el socio fundador de Maracó.

Y Joaquín estaba a cargo de toda la producción en Maracó, tenía alguna anécdota con don José, cuando él estaba de gusto quería inventar un fumigador de una forma distinta a la de Joaquín, nos hizo acarrear baldes, experimentar, después quedó la idea de Joaquín.

Maracó había inventado un carro para combatir las hormigas. Maracó descendía del Establecimiento Industrial Viscardis que tenía el padre de José y Herminio, que era una carpintería mecánica y hacían carruajes, sulkys muy famosos, chatas y de ahí don José tenía amistad con un señor Acebal, que tenía la idea de hacer un cultivador de alfalfa, era un aparato para remover la alfalfa y a la vez matar el desove de las tucuras, y ese cultivador llevaba una parte de hierro fundido, de ahí se creó la fundición y eso, según tengo entendido, fue el origen de Maracó. Después siguieron haciendo cocinas económicas, estufas a leña, bombas de mano...

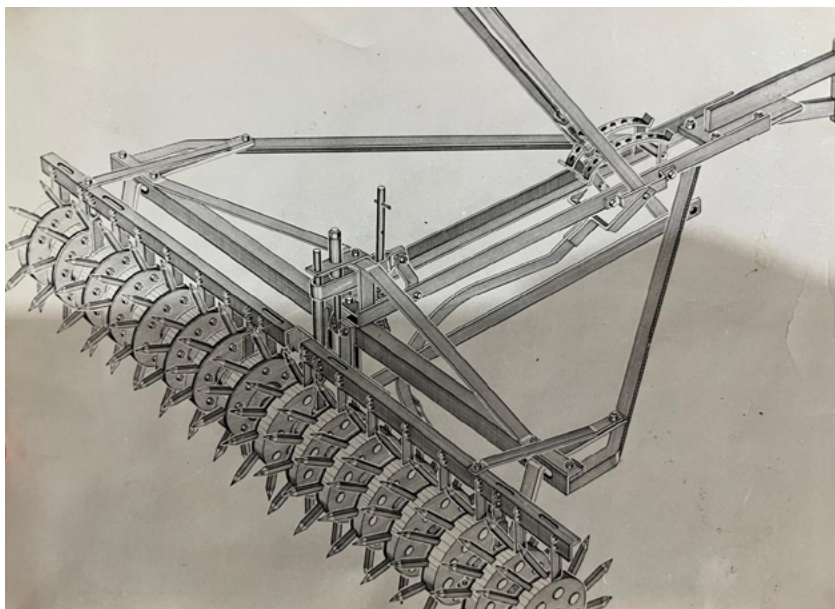


Ilustración del equipo cultivador de alfalfa 'Labeca', archivo del Museo Regional Maracó.

Ya cuando se integraron los Harriet y Joaquín, empezaron con los implementos agrícolas. Maracó siempre tuvo una premisa: respetar el suelo, conservar el suelo, *“Cientos de médanos son monumentos para recordarnos los errores pasados”*. *“Si quiere merecer el respeto de sus hijos, déjeles un suelo fértil, no sus ruinas”*, y la tercera decía: *“Trabajar bien la tierra no sólo es un buen negocio, es un deber social”*. Esas máximas se distribuían a los representantes que estaban en Vicuña Mackenna, Bahía Blanca... La publicidad eran esos lemas de la empresa.

Maracó todos los años recibía delegaciones de facultades de agronomía, colegios agropecuarios que venían a ver la producción en la fábrica y después se los invitaba al campo de los Etchevers Harriet para que vieran las demostraciones a campo, y ahí veían cómo funcionaban cómo se trabajaba. Era un aporte que se hacía a los estudiantes y a su vez era un modo de propaganda, porque esos estudiantes después iban a ser ingenieros agrónomos. Muchos incluso venían a comprar implementos porque habían estado en tal año como estudiantes de Río Cuarto o de La Plata.

El ingeniero Covas era el principal del INTA Anguil, después había un ingeniero Sarasola también muy importante. Ellos sugerían algunos cambios. Los implementos de Maracó eran para zonas áridas y semiáridas, La Pampa era mucho más seca de lo que es ahora. Las premisas de Maracó eran contribuir a que la tierra fuera más húmeda. Antes en esta zona se usaba la reja, que volcaba toda la tierra y echaba bajo tierra toda la brosa, en cambio el disco, el arado de discos múltiples, dejaba la tierra protegida por los desperdicios de los sembrados y eso evitaba la erosión eólica y la erosión hídrica, porque si no, llovía y se planchaba el suelo.

Después, a mi entender, cuando se hizo la fábrica grande vinieron cambios porque empezaron a traer gente más

especializada, porque cuando estábamos en la antigua Maracó, ahí la cabeza era Joaquín Vidal en la parte de producción, yo estaba en la parte administrativa, había llegado para reemplazar a un pariente mío, Antonio Beneitez, que era uno de los socios y después se fue retirando. Y yo entré como tenedor de libros, usábamos un libraco de ochocientas hojas donde hacíamos todas las cuentas.

Tengo la satisfacción que del Colegio Comercial llevaban una delegación todos los años para que vieran cómo era el sistema de contabilidad de Maracó y yo muchas veces le decía que yo no tenía estudio secundario, en aquel tiempo, después de la primaria había ido a una academia mercantil, que daban clases nocturnas, y con esos estudios manejaba todos los libros.

Después se fueron incorporando otros contadores, llegó el contador Fraire, luego el contador González y ahí se fue tecnicizando todo eso. Después que yo, entró Baudracco que liquidaba todos los sueldos y después esa tarea la empezó a hacer Luis Suárez, quien empezó a estudiar Asistente Social y junto a Edith Morini se inauguró esa área.

Lo del Parque Industrial fue un trabajo titánico que duró cuatro años toda la presentación. En los años 70 había una ley de promoción industrial y además nos instaban a salir de acá, la zona céntrica, porque era una industria molesta, ruidosa, sucia... porque había tanto trabajo que a veces se pintaban los arados en la calle.

Ahí fue cuando se contrató al ingeniero D'amico para desarrollar el proyecto de llevar la fábrica al parque industrial y Fraire colaboró con eso. Cuando lo fuimos a presentar a la Secretaría de Desarrollo Industrial (de la Nación) llevábamos cinco valijas de planos y papeles. Y ahí teníamos que ir varias veces para presentar cómo se iba a hacer, cuál iba a ser la producción y

demás. La aprobación de eso la firmó el presidente de Facto Videla, que más adelante vino a Pico.

Maracó era la fábrica de referencia, junto con Luna Hnos. que era la fábrica de bulones, Zampieri y Quaglini, Ascheri eran la cara visible de Pico, la ciudad industrial.

Yo recuerdo una foto del año 61 o 62 que tengo a mi hijo en brazos junto al presidente Illia, y vinieron varios presidentes en ejercicio. Vino también Onganía, y se hizo un asado en la parte de armado del taller de Maracó y me acuerdo la actitud de los milicos, terminaron de comer se levantaron, se fueron y nos dejaron a todos los comensales ahí. Después vinieron de visita De La Sota y otros candidatos a presidente.

Lo que se hizo en el Parque Industrial era todo muy moderno, la parte de fundición se automatizó: era un carrusel, pasaba por las máquinas moldeadoras y daba la vuelta, pasaba frente al horno, donde se echaba el hierro fundido, seguía pasando y llegaba a una zona de desmolde donde caían las piezas sobre unas mallas donde se filtraba la arena del molde, luego quedaba la pieza que iba para el rabanado y la parte de tornería donde se les daba la forma final para su ensamble. Estaba ideado para trabajar 24 horas continuas con doble turno de personal.

Pero desgraciadamente cuando nos mudamos allá que era principios de los '80, era una época de depresión del campo, de pocas ventas y no se pudo terminar todo el proyecto que había. Además, la ley esa de promoción industrial tampoco se pudo aprovechar mucho. Porque cuando estábamos acá (en la 17 y la 14) las ventas eran muy importantes. Allá la promoción se aplicaba sobre la mayor producción, si acá era por cien, para acceder a la promoción allá, había que vender 120, y te promocionaban, es decir que te dejaban libre de impuestos, esos 20 de

más, no los 100. Cuando más producías y vendías mejor, pero no había tantas ventas.

Después hubo algunos problemas cuando se hizo cargo la otra empresa, que Maracó tenía créditos impositivos y éstos no vendían... Yo me fui de ahí... no sé si aguanté un año. Ya cuando nos fuimos allá, la empresa se había endeudado mucho por la inflación, al principio el crédito era sin intereses, pero después se hizo una bola de nieve imparable y por eso Maracó tuvo que vender. Incluso hemos conseguido crédito con el Banco de La Pampa que nos asistió mucho y se debían un montón de pesos, pero habíamos llegado a un acuerdo que Maracó iba a ir pagando con un porcentaje de las ventas.

Cuando se retiraron todos los socios y quedó la otra firma, me acuerdo de haber ido al banco y que el gerente me dijera *"Mirá, César, tené cuidado con lo que firmás, porque vos te estás comprometiendo"*. Ellos, la nueva gerencia, empezaron a hacer maniobras fraudulentas, facturaban en exceso para obtener la promoción. Facturaban cosas que no vendían, ni producían. Era toda una empresa fantasma.

Estábamos todos decaídos, todos los socios antiguos tuvieron que ceder. Algunos cobraron y otros se quedaron sin cobrar. Zanello prometió pagarles con herramientas, pero a algunos les dio un tractor, a mí me dio un tractor viejo.

Todos los socios debieron vender el paquete accionario, e incluso en ese momento yo tenía una participación ahí en Maracó, tal vez me recomendaron porque ellos querían que alguien siguiera ahí, porque todos se retiraron, los socios más antiguos se habían ido, así que me ofrecieron la gerencia general de Maracó y bueno, me hice cargo, yo me quedaba sin empleo a los cincuenta y pico de años y pensé a dónde voy a ir si no.

Yo no hice nunca huelga, no era necesario con lo bien que estábamos en Maracó. Siempre voy a estar agradecido con don José Viscardis, a fin de año me traía unas canastas con un montón de cosas y a los empleados también, a fin de año se les repartían las cajas con pan dulces. Mi casa, por ejemplo, me la fui haciendo gracias a Don José.

Capítulo 4

La dignidad y el retorno

“Prefiero las cosas a las palabras; su vida y sus hechos me parecen más importantes que sus discursos; los gestos de su mano, más importantes que sus opiniones. No en su palabra ni en su pensamiento veo su grandeza, sino en sus obras, en su vida”

Siddharta, Hermann Hesse

“Yo siempre digo, le doy gracias a Dios porque a esta edad yo extendiendo mi mano para dar y no para pedir”.

(Joaquín, 2023)

El proyecto de escribir un libro nació de una serie de charlas en plena pandemia del Covid. Corría el 2020, las malas noticias, la incertidumbre generalizada y el obligatorio encierro. Joaquín se había desesperanzado. Su voz apocada y sus palabras lentas delataban que algo no estaba bien, y no eran “achaques” de la edad, parecía que algo se le había perdido, a pesar de que permanecía en su casa con la esposa, las visitas de sus hijas y llamadas de sus nietos.

De repente, la intervención de una profesional de salud lo invitó a hablar. Al principio con mucha reticencia, no tenía ganas de ser aconsejado, aunque esa no fuera la intención. Hasta que su

recurrencia, semana a semana, la tornaron una figura familiar. Entonces, hilando palabras, empezaron a aparecer anécdotas y eran historias vividas hacía mucho tiempo, relatos de un Joaquín joven que hacía travesuras, que se reía a carcajadas y jugaba en la playa del pueblo que lo vio nacer.

Al poco tiempo, a estas charlas se sumó Isabel. Entre los dos ambientaban relatos, emergían nombres, parentescos, lugares de Galicia, sus semblantes cambiaron, aparecieron nuevas sonrisas, nuevas respuestas ante la vida. Joaquín recordó sus vides, sus primeros oficios: podador de parras, zapatero, catequista. Isabel relató cómo era su casa, su familia, el trajinar de las ferias y mercadillos mientras España estaba en guerra.

Casi un siglo de historias que ahora empezaban a fluir, que querían ser expresadas y vueltas a la vida. Las charlas empezaron a ser registradas, a entrelazarse y de repente había un libro vivo, que se abría en cada visita a la casa de Joaquín e Isabel. De él nació el proyecto de escribir las páginas de un libro físico.

Un viaje tan añorado

Las conversaciones ya llevaban un tiempo, cuando Joaquín empezó a expresar un deseo. La nostalgia había menguado y las imágenes de un Cangas actual apareció en sus discursos. “Imaginate despertarte y ver por la ventana el mar, ver los barcos llegando a la orilla... ¡es tan lindo!”, un impulso nuevo latía en esas palabras. Era una emoción que había permanecido dormida durante los últimos años, tanto invierno y tanto encierro.

“Cangas tiene fama de pueblo encantador”, el viento susurra una antigua canción que aún recuerdan. Es que al promediar tal proyecto, el del libro, nació en ellos un deseo: volver a Cangas. Ya no se conformaban con evocar a su pueblo en cada anécdota, necesitaban volver, sentir el mar cercano, encontrarse con aquellas

playas de Areamilla, donde la arena es parecida a la harina de maíz, ver las redes de los pescadores y encontrar rostros conocidos.

Isabel también hizo su parte, pues quería volver a su casa de la infancia, no dejaba de decirlo, casa que actualmente habita una de sus nietas que, de Argentina, tomó a Galicia como su nuevo hogar.

Desde aquel primer viaje que hicieron, cada uno por separado, a mitad del siglo pasado habían vuelto varias veces a España, primero en barco, luego en avión, como así también sus familiares de allá habían viajado a visitarlos a General Pico. Pero esta vez se trataba de un viaje especial. Joaquín con 96 años, Isabel con 94... para su familia era una gran odisea organizar la travesía. Pues, para asombro de muchos, se prepararon, entrenaron física y nuevamente cruzaron el mar hasta llegar a su pueblo natal.



Joaquín e Isabel en el patio de su casa de General Pico. Yamila Juan, 2023.



Isabel y Joaquín acompañados por sus hijas Laura y María Elena en una plaza de Pontevedra, Galicia, 2023.

Antes de septiembre de 2023, Isabel y Joaquín se ilusionaban con el viaje. Nunca estaban solos en la casa, ya que las atentas cuidadoras que trabajan por turnos, también conocen la historia y ellos les enseñaron algunas canciones en gallego.

A unos pocos días de volar a Madrid, para luego emprender el viaje a Cangas, era tal su alegría que, sentados en el jardín de la casa, empezaron a cantar “A Rianxeira”, una melodía típica gallega, con fondo de gaitas, cuya letra habla de la procesión de la Virgen de Guadalupe por la orilla del mar.

En toda historia, los héroes viven su viaje: más grande es el desafío cuantos más obstáculos se presentan, y cuando logran superar las adversidades del camino, se produce el retorno a casa, ya transformados. La travesía de Isabel y Joaquín estaba a punto de cumplirse.

“Cuando algo me convoca, yo me olvido del dolor”, dijo Joaquín en alguna de sus entrevistas. Y ahí estaba su origen, convocándolo, invitándolo a sentir emociones. Todas aquellas que habría anhelado tantas veces.

Como un gigante adormilado, en su Cangas, una estructura habita en las sombras, es aquella empresa donde Joaquín empezó a trabajar. Massó Hermanos, la fábrica que mató el hambre durante la guerra, en la década del 70 empezó a decaer por diversas situaciones hasta quedar en ruinas. Innumerables artículos dejan constancia del abandono de esta fábrica que fue referente en Europa por su vanguardismo y productividad (Llera, 2015). Como otra gran paradoja de esta historia, trazar cierto paralelismo con Industrias Maracó es inevitable.

Un libro vivo

Regresaron a General Pico. En pleno verano de 2024, como todas las tardes, Joaquín va al sillón de su living y con las manos cruzadas sobre el bastón, sabiendo que lo están filmando, recita:

*Caminante ¿por qué lloras?
Tantas son tus desventuras,
que ya ni siquiera actúas
con esperanzas redentoras...
No son eternas las horas,
ni eternas las desventuras.
Tras de las noches oscuras,
vienen las brillantes horas.
Hay caminos y destinos
de perpetua maldición,
para los hombres cabales
todos son buenos caminos,
caminos de perfección.*

Joaquín pertenece a una categoría de persona que encarna las palabras. Éstas, para él, no son deslices, no son un decorado superficial para amenizar el aburrimiento. Él se dice a sí mismo este poema, que recuerda vaya a saber de qué autor y de qué época. Y, con el significado internalizado, toma impulso para decirlo a otros, lo que haría, según sus palabras “un hombre cabal en busca de perfeccionarse”.

Lo que le pido a mis hijas es que tengan relación y que vean todo lo que las rodea, amistades y todo lo demás, y donde hay necesidades, si hay posibilidad de dar una ayuda o consejo, que no dejen de darlo. (Joaquín, 2023)

Por lo menos para mis hijas y mis nietos, que puedan tener paz, que no vivan con estas tensiones. Por lo menos a ellos les dejamos el ejemplo, que no hay mejor cosa que el comportamiento, que es cómo nosotros actuamos, ya me parece a mí que es algo bueno para ellos. (Isabel, 2023)

Al recorrer su historia no aparecen vestigios de que Joaquín haya querido ser maestro o enseñar. Tampoco ha pasado por la vida académica ni por aulas técnicas, más bien él logró las cosas poniéndose a trabajar y dialogando con otra gente. Debe ser que cada persona que vivenció conscientemente un largo proceso de pruebas y errores posee intrínsecamente una vocación de educar.

Él recuerda a su maestro con nombre y apellido, José Monge Otero, dice que les enseñaba cosas, pero no siempre en la escuela, sino que salían a recorrer. Les explicaba cómo funcionaban las cosas a medida que las iban viendo en el recorrido y le tenían un gran respeto y un enorme cariño, por más que a veces lo hicieran enojar.

Yo creo que acá hay un problema serio de educación de los chicos dentro de los hogares. Porque yo cuando era chico era muy rebelde, pero lo que decían mis padres era ley. Hacía

travesuras, pero con mis padres era mucha seriedad que había. Teníamos una comunicación muy seria, con mucho respeto. Y no nos faltaba nada, estaban pendientes de nosotros. (Joaquín 2023)

Al hablar con él aparece ese maestro. El respeto inculcado por los padres, el recorrido de una vida de aprender y hacer, y ahora en sus palabras deja un legado a las generaciones que le siguen.

Ahora no hay libertad, hay mucho libertinaje, los chicos pueden hacer lo que se les cante la gana, son muy indiferentes al respeto dentro del hogar que hay que tener. En mis nietos no noto eso, pero si llego a escuchar una contestación fuera de lugar, les digo a los padres, porque hay que corregirlos cuando se debe y hay que enseñarles. Deben saber apreciar lo que es bueno y despreciar lo que perturba.

“Yo digo: ‘Señor, ya puedes llevarme, porque dejo vida y educación en mis nietos y bisnietos’”, expresa al pensar de su familia.

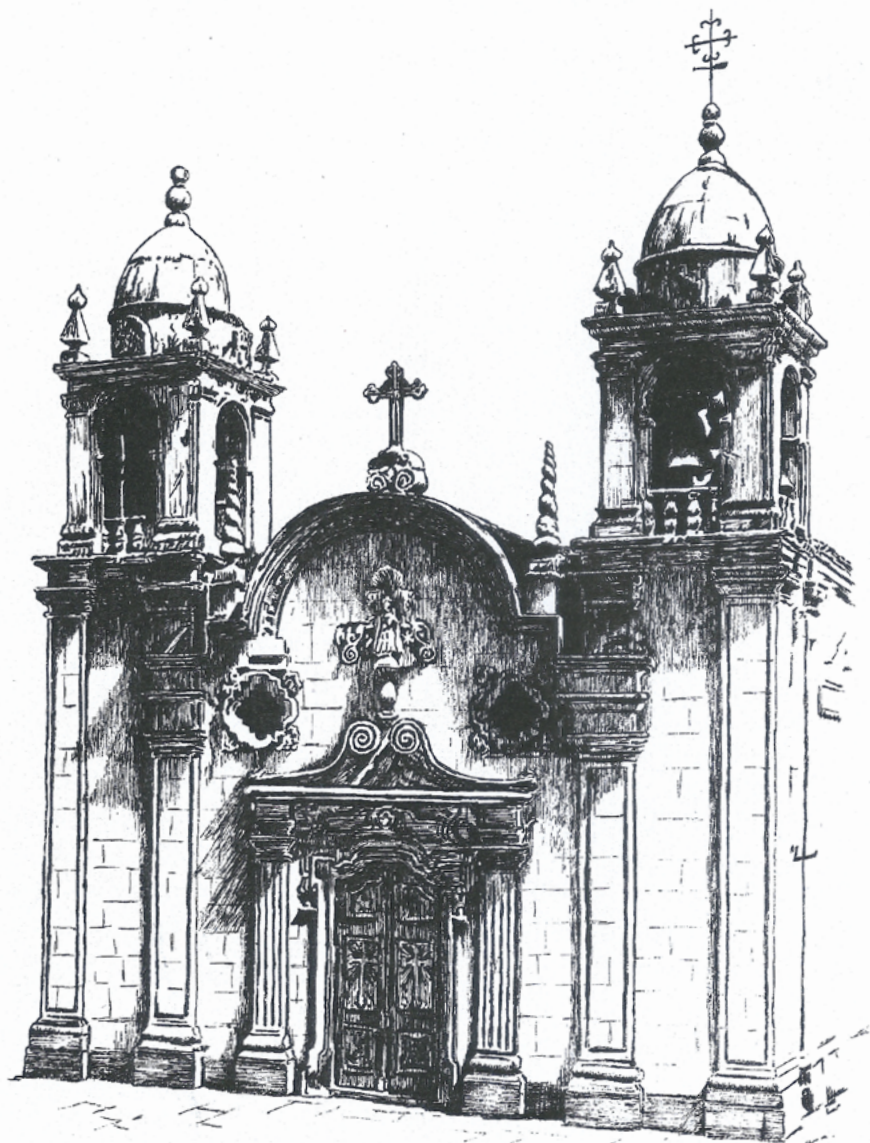
Joaquín analiza la realidad cada día, reflexiona y hace balances, protesta cuando algo se sale del sentido lógico y vive con expectativas. Agradece el día nuevo y sigue planificando, hay futuro en sus palabras.



A los 96 años, Joaquín volvió en 2023 a una de las capillas que visitaba cuando era un niño. Laura Vidal, 2023.



Ex-colegiata, Cangas. Caramuxo.



Caravaggio

Santuario de Nstra. Sra. de Darbo, Cangas. Caramuxo.

Nota de autor

Por momentos la rigurosidad de los hechos, al igual que su cronología, quedó suspendida para privilegiar las palabras que venían a la memoria de dos personas narrándose. Sin embargo, a modo de ubicación temporal, el lector podrá considerar los siguientes datos:

- 10 de agosto de 1937 – Fundación de la fábrica de los hermanos Viscardis.
- Febrero de 1950 – Arribo de Joaquín a la Argentina.
- 1953 – Llegada de Joaquín a General Pico.
- 1954 – Casamiento a distancia con Isabel.
- 1956 – Incorporación de Joaquín a la Sociedad de Industrias Maracó.
- 1980 – Traslado de la fábrica al Parque Industrial.
- 1986 – Venta de Industria Maracó al grupo Koner Salgado.
- 2023 – Joaquín e Isabel viajan de General Pico a Cangas de Morrazo.

Referencias

Cantera, S. (2017). *Industria metalmeccánica y desarrollo local: actores, políticas y entramado institucional en General Pico, La Pampa (1976-2001)*. [Tesis de doctorado], Universidad Nacional de La Matanza, Buenos Aires, Argentina.

Chaves Nogales, M. (2011). *A sangre y fuego: héroes, bestias y mártires de España*, Libros del Asteroide.

De Cristóforis, N. (2011). *Los inmigrantes en el primer peronismo: los problemas del ingreso y la integración en el seno de la nación*, Jornadas Nacionales de Historia Social, UNLP.

Egusquiza, E. (1988). *Juan Alberto Harriet, pionero de La Pampa*, Ed. Tres Tiempos.

Hesse, H. (2005). *Siddhartha*. Sudamericana.

Hoyos Pérez, J. (7 de mayo de 2019). *Evita en España, el viaje que salvó a Franco*. La Vanguardia. <https://www.lavanguardia.com/>

Llera, L. C. (12 de abril de 2015). *El Patrimonio Industrial de Massó se cae a pedazos tras 20 años cerrado*. La voz de Galicia. <https://www.lavozdeg Galicia.es/>

Lurman, L. (2022). *Breve historia de la metalurgia argentina*. <https://aargentnapciencias.org/wp-content/uploads/2022/09/05-lurman-Cel72-4.pdf>

- Martocci, F. (2021). *El proceso erosivo y su incidencia regional: Conservacionismo e interacciones en la producción de implementos agrícolas en La Pampa (ca. 1940-1970)*. Cuyonomics. Investigaciones en Economía Regional.
- Rougier, M. (2007). *Producir para el agro en un entorno turbulento. El caso de una fábrica de cosechadoras en la Argentina*. Mundo Agrario 7(14).
- Scolpatti, L. (2010). *Caso Koner Salgado: más vale tarde que nunca*. Diario Judicial. <https://www.diariojudicial.com/>
- Senac, E. (2012). *Libro del Centenario Biblioteca Popular Municipal "José Manuel Estrada"*, Ed. Llanto de Mudo.
- Torres Carbajo, F. (10 de julio de 2015). *Massó Hermanos, la gran conservera de Cangas y Bueu*. Vigo. <https://www.vigoe.es>
- S/d, (25 de Septiembre de 1999). *Argentina refugió a 180 criminales nazis*. Clarín. <https://www.clarin.com/>
- La Baldrich TV (21 de Nov. 2016). *Eva Perón en España*. Youtube <https://www.youtube.com/watch?app=desktop&v=20G2StK-n98>
- Vidal, J. (2017) Historia sobre Industrias Maracó, Junta de Historia Regional General Pico. General Pico por tema. <http://general-picohistoria.com.ar/>
- Lista Roja (9 de Octubre del 2020). *Fábrica de Conservas y factoría ballenera Massó*. Patrimonio Industrial Cangas do Morrazo. <https://listaroja.hispanianostra.org/ficha/fabrica-conservas-factoria-ballenera-massos/>

Anexos

1. Carta de Joaquín, 1950.

Buenos Aires 16 de Junio de 1.950

S. D.

Francisco Concepción, señora e hijos.

Vivo

Mis queridos hermanos:

Acabo de llegar del trabajo y he recibido la dichada noticia. Hoy es el día del Corazón de Jesús parece que Dios me pida en este día fuese mas santo que ningún que otro, he comulgado a las seis de mañana y pedido mucho por todos vosotros pero muy especial por nuestra hermana Ramona, y me encuentro que lo que yo le pedia para su cuerpo talvez lo neceso para su alma porque creo que vuestra carta viene con el disfraz del consuelo, que los cristianos solemos darnos en tales circunstancias. Gracias por ello, yo tambien correspondo en lo mismo quisiera consolarlos, pero creo que no me es posible porque el que llora le será imposible limpiarle las lagrimas a otro si por su mejilla le discurren las lagrimas de la misma causa. Yo sabré consolarme y espero que todos vosotros tambien lo sabreis, como tu me decias Paco y tambien me dicen lo mismo los tios y la tia Eufrasia que acabo de hablar con ella por teléfono, que confiamos en Dios, si el la llamás porque la necesitaba, y si la llama todavia es porque la necesitara.

Vosotros alfin la podeis o la podisteis ver mas yo, muy lejos estoy de ella y ni siquiera el ultimo beso de despedida pude depositar en su mejilla. Las flores las tenemos aquí en casa y en casa de los primos, pero yo tengo otras flores en mi corazón que ella plantó durante el tiempo que nos criamos juntos, y estas son las que siempre las conservaré y me haran recordar a mi hermana Ramona.

Con la misma fecha les escribo a los padres y procuraré no omentarles mas el dolor que tengo, --

son las cuatro de la tarde, a las seis quedé de irle a pagar las dos mil pts. que la señora que estaba con vosotras les dejó a nuestros padres, por tal motivo queda la carta sin cerrar hasta que llegue de tal sitio.

De nuevo resanudo a escribiros, para deciros que le entregué cuatrocientos noventa pesos que equivalen a las dos mil pts. la mitad de ellos me los prestó el tío pues esta señora se macha para la ciudad de Salta mañana y no era cuestión de quedarle a deber nada.

Me entregó el paquete que me habeis mandado, en el venia una camisa para mí una corbata para el tío, una pañuelita para la tia y una imagen de la Virgen de Fatima para la tia. Todos os lo agradecemos y es todo hermoso y a la tia le gustó mucho la pañuelita y la camisa es muy hermosa, pero no teniais necesidad de gastar dinero en ello, buena falta le hará a los padres. Gracias por todo ello. Esta señora me dijo que no tenia ningun recibo vuestro y le pedí que me diese algun justificante que tuvies para mandarlo a vosotros y me mando este pape que tenia en el bolsillo que no tiene que ver nada con lo que recibí nuevo para que venga mañana que es abado y se lleve las cartas y la imagen que los padres le regalán y que es hermosa, me dijo que sí le pedirá permiso a la madre Felicitas y que de seguro le vendrá.

sin mas queridos hermanos, mañana espero carta y cuando llegue espero que será gandome la desgraciada noticia que ya no me cogerá en suspenso porque ya desde hoy para mí mi hermana Ramona creo (ajolá que así no sea) que ya voló al cielo y que estará pidiendo por todos nosotros. Volar hermanos míos y a pedir si es que está viva que Dios la siga sosteniendo y si no lo está, que la tenga en la gloria. Un montón de abrazos para los sobrinos muy fuerte para los padres y demas hermanos y vosotros recibirlos muy especiales de vuestro hermano que mucho os quiere.

Joaquín

Si es que Ramona está viva y la muerte no la deja de darle un último abrazo de mi parte y un fuerte beso ya que yo no se lo podré dar y que soy el hermano mas desdichado ya que no la podré despedir hasta la otra vida.

2. Testimonio del Sr. Joaquín Vidal, Museo Regional Maracó.

TESTIMONIO DEL SR. JOAQUIN VIDAL

-Bueno... dígame su nombre, apellido, edad

-Joaquín Vidal Abal

-¿Edad?

-Edad 80

-Lugar de nacimiento

-Candas de Morazo provincia de Pontevedra (España)

-Muy bien, bueno... ¿A qué edad comienza a trabajar en Industrias Maracó y hasta cuándo lo hizo?

-A la edad de 23 años y lo hice hasta los 75 (quiso decir hasta el año 1987)

- ¿Cómo llega a trabajar en Industrias Maracó?

Cómo fue? bueno... acá hay unas fotos de unas máquinas para clavar cajones yo traje los planos de España y las fabricamos acá dos máquinas en Industrias Maracó, yo vine acá a Maracó porque don José Viscardis tenía una hermana casada con un tío mío que fue el que me invitó a que viniese a conocer a la República Argentina, entonces como Maracó tenía fundición, tenía taller mecánico (tornería), este eh... determiné venir a fabricarlos acá, hay acá fotos de las máquinas esas yo ahí empecé y después al poco tiempo como Maracó prácticamente estaba ya en crisis porque Maracó se inauguró eh...fabricando eh... cocinas económicas en ese momento se usaba cocinas a leña y estufas y unas bombas para sacar agua también hay fotos acá correspondientes como ya las cocinas eran sustituidas por las nuevas cocinas que venían a kerosén, las estufas también había ya a kerosén prácticamente se dejó de fabricar eso, entonces este...vieron la posibilidad de que yo pudiese hacer las máquinas éstas y las hicimos, fueron para el Sur para General Roca dos máquinas ahora que pasaba éstas máquinas hacían cajones para embalar eh...latas de conserva de pescado y eran este...muy iguales todas las tablas cortadas todas a la misma medida acá se usaban cajones con tablas mal cortadas mal dimensionadas entonces ese era un pequeño inconveniente, después a Industrias

Maracó se agregaron los hermanos Echevertz Harriet Juan y Desiderio, Juan estaba casado con la hija de don José Viscardis entonces tuvieron la oportunidad de importar de EEUU arado rastrero para sustituir los arados de reja que se usaban acá, acá había un problema muy serio que era la erosión eólica las tierras son muy livianas de mucha arena y... Pico estaba rodeado prácticamente de médanos la zona de Intendente Alvear toda esa zona era muy medanosa entonces lo que había que hacer es no trabajar con el arado de reja pero si con el arado de rastra que era un arado de discos dónde no daba vuelta totalmente la tierra sino que le daba una semi-vuelta sin enterrar sin meter totalmente la materia orgánica abajo como hace el arado de reja, el arado de reja mete todo lo que hay en superficie la materia orgánica y saca la arena a la superficie eso es lo que provocaba la erosión eólica, bueno... no sé que otro punto porque esto es muy extenso explicar como nació maracó o como se empezó a desarrollar en maquinarias agrícolas es extenso incluso podemos hablar de las fotografías y te voy dando explicaciones.

-¿Cuántas horas se trabajaba por día?

-Y... cómo yo era socio y además director de fábrica no tenía mucho límite si se trabajaba 10 o 12 horas lo que fuese viajaba muy mucho a veces hasta disponíamos de los aviones que tenían los Echevertz Harriet en los campos así que eh... el trajinar nuestro era largo.

- ¿Qué tipo de beneficios sociales poseían por ejemplo los proveían de ropa de trabajo tenían obra social, vacaciones pagas?

- Totalmente todo dentro de la ley y no solamente eso sino que también se les daba posibilidades eh... teníamos este... habíamos fundado con la asistente social teníamos dos asistentes sociales dentro de la fábrica uno era Luis Suárez que lo nombramos jefe de personal justamente por ser asistente social y no solamente se trataba al empleado, al empleado por lo que rendía por lo que daba sino como persona y con todos esos problemas que podía muchas veces traer dentro del hogar y traerlos a la fábrica o de la fábrica llevarlos dentro del hogar entonces era una persona

muy comprensible y teníamos una asistente social que también trataba todos estos problemas que pudiese haber dentro del personal o eh... problemas que hubiese también dentro del mismo hogar del personal acá estaban no los teníamos como empleados

- ¿Cuánta gente trabajaba en ese entonces?

- Y llegamos a tener cerca de unos 300 porque tuvimos no solamente la fábrica que eran 250 sino que tuvimos eh... talleres que trabajaban para nosotros que eran los hermanos Zappa los recuerdo y un chico que tenía acá un taller eh... un hijo de un socio Onorio Benito eh... que otro tenía, el hermano de Baudracco que tenía tornería esos talleres algunos se los había proporcionado las máquinas las cuales las amortizaban con parte del trabajo que hacían y trabajaban también para la fábrica nuestra.

- ¿Conoce usted por qué motivo la fábrica se cierra?

- La fábrica se cierra por el motivo de que se hizo la fábrica nueva todo eso busca ser una inversión después vinieron los gobiernos y militares y con ellos el Dr. Martínez de Oz donde elevó los intereses de los créditos que se tenía en el banco por otro lado eran también años críticos poca lluvia de los campos este... esos fueron los motivos principales de que la fábrica tuvo que venderse o traspasarse.

-¿Cuál ha sido la importancia de Industrias Maracó para General Pico en cuanto a la calidad productiva que alcanzó y cómo fuente laboral?

- Bueno... era la principal industria que tenía La Pampa en ese momento no había ninguna industria como Industrias Maracó al mismo tiempo Maracó desarrollaba sistemas nuevos para siembra como fue mínima labranza que pienso que fue el punto inicial de las nuevas técnicas que hoy se usan pero lo que se usa hoy son a base de productos químicos como los insecticidas, herbicidas, funguicidas, etc., etc. antes no se usaba no había tanto este... los productos éstos químicos todo se hacía con masa mecánica pero lo principal era que se usaban los implementos por ejemplo el arado rastra y se estudió y eso fue un invento nuestro que hemos

3. Ficha de clasificación de materiales del Archivo Histórico del Museo Regional Maracó.

Unidad: 23 (23)
Autor: INDUSTRIAS MARACÓ
DONACIÓN: JOAQUÍN VIDAL
CUSTODIO: ARCHIVO HIST. DEL MUSEO
 REG. MARACÓ
CLASIFICACIÓN TEMÁTICA: EXPORTACIONES
DESCRIPCIÓN: EXPORTAR A ESPAÑA
 CARGANDO EL CAMIÓN

Eva Perón en Galicia. https://www.lavozdegalicia.es/noticia/vigo/2022/06/21/evita-peron-conoce-rias-baixas/0003_202206V21C8991.htm

Nota infopico, foto de la cocina a leña con la marca Maracó <https://www.infopico.com/2021/03/21/general-pico-hoy-hablaremos-de-industrias-maraco/>

Entrevista a Joaquín del Movimiento de Estudios Históricos del Norte de La Pampa http://generalpicohistoria.com.ar/ver_tema.php?id=221

El arado de discos Maracó que se vende en un sitio online: <https://www.agroads.com.ar/detalle.asp?clasi=785622>

El método Harriet https://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Alberto_Harriet

Este libro nace de una serie de entrevistas en profundidad realizadas a Joaquín Vidal y su esposa Isabel González, desde el año 2020 hasta el 2023.

Los relatos de vida de este hombre, un inmigrante gallego que llegó a General Pico en 1953, se despliegan como un legado en manuscrito para todos aquellos que anhelan un ejemplo a seguir, un maestro de vida.

Mientras Joaquín habla sobre su pasado, sus trabajos, su ética, aparece una empresa, entidad ineludible en la historia de cualquier ciudadano piquense: Industrias Maracó.

A poco de llegar a General Pico, tras haber cruzado el océano en un barco de carga, Joaquín asumió la dirección de esta incipiente empresa. Bajo su liderazgo, creció y se expandió por el país, llegando incluso a trascender las fronteras nacionales. Su desarrollo estuvo impulsado por inventos únicos: maquinarias agrícolas precursoras de la siembra directa.

Esta es una biografía de un hombre que no buscó figurar en los titulares de diarios, sino que invirtió su tiempo y creatividad para transformar lo árido en fértil y que, después de setenta años, logró volver a su pueblo natal con su amor de toda la vida.



Libro
Universitario
Argentino



UNLPam
Universidad Nacional de La Pampa